

R. 9.2 59

x  
ENSEÑANZAS PARA NIÑOS

LIBRO DE LECTURA

POR

D. P. MARTINEZ PALAO,

Maestro de 1.<sup>a</sup> enseñanza



*Asenal Martínez*

*Palao*

*[Decorative flourish]*

MURCIA:

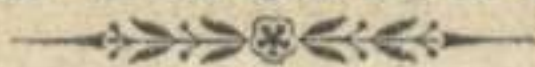
TIP. DE ANDRÉS SAEZ.

1, SAURIN, 1.

ES PROPIEDAD



## Á LOS PROFESORES.



*Un libro de lectura educativa no ha de ser solamente una serie de lecciones dirigidas á los niños; sino que además ha de haber en esas lecciones temas y motivos para que el maestro, el texto vivo, despliegue, á veces con esplendor, su talento de educador. Del libro han de saltar chispas vividas que inflamen su corazón, y le inspiren sentidas y entusiastas disertaciones.*

*Un libro de lectura educativa no ha de ser tampoco, al tenor de algunos, un tratado de moral, grave, metódico, severo, acaso útil para los hombres, pero muy estéril para los niños. ¿Interesa á éstos el libro, los conmueve, les despierta el entusiasmo y la afición? Esta es la prueba que hay que hacer.—Hay tambien textos de lectura, que aspiran sólo á hacer del educando un niño modelo; y á este fin <sup>se</sup>ponen ante su vista modelos infantiles*

para que los imite. Pero sucede que el educando muy en breve pasará á otra edad, y en ella desechará esos modelos por la misma razón que ha de desechar aquellos juegos que hacian sus delicias, y los trajes vistosos que ya no le sirven. Se le educó para que fuera un buen niño; y lo que debió hacerse es educarlo para que fuera un hombre bueno.

Naturaleza, Cristianismo y Civilización; hé aquí los campos donde el educador ha de recoger frutos de educación, para dar en ellos á sus discípulos el espíritu y la vida. Hay que hacerle al niño que ame y admire á la naturaleza, que es madre solícita, para que no desprecie sus bienes reales por los fantásticos y vanos que ha inventado el capricho. Así vivirá satisfecho y gozoso. Hay que darle las fortalezas y confianzas cristianas, para que abrace su destino y tenga fuerzas para cumplirlo. Hay que darle á conocer los seculares trabajos y los triunfos gloriosos de la humanidad inteligente, para que así ame el trabajo, glorifique la inteligencia, y se honre dignamente de ser hombre, hijo ó miembro de esa humanidad. Educado el niño con estos grandes tónicos del espíritu, puede en su día el maestro cogerlo de la mano, sacarlo á la puerta, y decirle estas pa-

*labras: «Pasa de la escuela al mundo, guarda y cultiva los sentimientos que he puesto en tu corazón y las ideas que he encendido en tu alma, y tú serás todo un hombre».*

*Sí; hablando en términos darvinianos, será el hombre de la última y definitiva selección. ¡Qué ideal! ¡qué obra! cuando ella se realice y se vea, el maestro será llamado Primer Bienhechor de la Humanidad.*





## LA URBANIDAD

(CONFERENCIA)

Veo, niños, que no os gustan mucho las lecciones de urbanidad; puesto que en el trato no las observais fielmente, como os tengo mandado. Ha llegado á mis noticias que uno de vosotros ha dicho, que las reglas de urbanidad son *pinturas* de las gentes ricas, que no tienen otra cosa que hacer ni otra cosa en que pensar. Ha dicho mas ese niño, que él ha de ser un trabajador, y que en la clase trabajadora no se usan esas delicadezas.

No abrigueis estas preocupaciones. La verdad y el conocimiento del bien iluminen vuestra inteligencia, para que sepais conducirnos bien en la vida.—El pobre necesita de urbanidad mas que el rico; porque al rico le bastan sus riquezas, y con ellas tiene hecha su suerte; mas el pobre se la tiene que hacer él mismo con sus fuerzas y sus méritos. Figuraos dos pobres, el uno afable, atento y bien portado, el otro brusco,

desatento y soez. ¿Cual de los dos se ganará las simpatías de las personas pudientes é ilustradas? Seguramente el primero; y sabed que con esas simpatías obtendrá el cariño y el interés de las mismas personas, las cuales le dispensarán ayuda y protección, y acaso le proporcionen buenas colocaciones.

Precisamente porque en la clase trabajadora no abunda, sino que escasea la urbanidad, aquel que la practique se hará mas simpático y mas estimado. Siempre se estiman mas las prendas que mas escasean, y ésta es una de las razones para que valgan tanto el oro y el diamante.

No es la urbanidad patrimonio de los ricos, sino que es atributo de todo hombre que siente en su interior la existencia de un alma noble é inteligente. Ved cómo los animales no son capaces de entender esas reglas del buen trato, y es porque ellos carecen de esa alma que Dios nos ha dado.

Los salvajes tampoco observan la urbanidad. Tienen alma, pero como si no la tuvieran, porque yace dormida en el sueño profundo de la barbarie, del que jamás despiertan. Ved en cambio como toda persona ilustrada practica con gusto y naturalidad estos deberes; tienen un alma edu-

cada, la estiman en lo que vale, y no quieren degradarla con torpes y groseros modos. El cuerpo es grosero, mas el alma es delicada; las pasiones y los vicios son torpes, mas la razon es discreta. ¿Quién debe de gobernarnos y dirigirnos? ¿Quién ha de disponer nuestros actos y las formas con que nos hemos de conducir? ¿Ha de ser el cuerpo ó el alma? ¿las pasiones ó la razón?

Voy á daros una regla de conducta, una guia á la que podreis confiaros en muchas circunstancias. Personas ignorantes y soeces rechazan la urbanidad, porque no la comprenden; personas cultas y bien educadas la observan y os aprueban que la practiqueis: de estos juicios y de estos gustos tan contrarios, ¿cuál creéis que será mejor, el de los ignorantes y sin educacion, ó el de los cultos y bien educados? «No os preocupeis jamás de lo que digan los necios, y aceptad lo que digan únicamente los discretos». El juicio de estos es el que vale, y el que puede servir para ilustraros.

Es encantador un niño limpio, atento con sus iguales, respetuoso. Todos los que le tratan le quieren. En cambio un niño sucio, que no guarda respetos, grosero y brusco, cansa y disgusta á cuantos lo conocen. ¿De-



seais ser simpáticos y que os estimen? Pues sed urbanos.

El soberbio se cree superior á los demás, y esto hace que no les guarde las consideraciones y respetos debidos. El envidioso aborrece á todos los que conoce, y aborreciéndolos no los trata con afabilidad y cariño. El vicioso se embrutece con sus vicios, y embrutecido no puede ser urbano. El ignorante tampoco lo es, y así sucede que la urbanidad es en nosotros un título noble; como un certificado de que estamos libres de la soberbia, de la envidia, de los vicios, y de que somos un tanto cultos. No es extraño, pues, que se conceda gran estimación al que cultiva la urbanidad.

Casi todas las riñas de la gente ignorante tienen su origen en defectos de urbanidad. Se faltan al respeto en una palabra, entran en contestaciones cada vez más groseras, hasta que vienen á las manos. De los dos contendientes el uno es conducido al hospital, y el otro llevado á la cárcel. Dos hombres perdidos, dos familias desgraciadas. ¿Veis como la falta de urbanidad puede traer muchos males? Evitad vosotros estos peligros. Sed atentos, prudentes y respetuosos, y así contribuireis á vuestra dicha y á vuestra dignidad.

## LECCION MORAL.

Decia un maestro á sus discípulos:

«Veo, niños, que os gusta mucho pelearos unos con otros, y habeis de saber que el hombre no ha venido á la vida para esa clase de peleas. La naturaleza no le ha armado para ellas, como no le ha dado alas para volar. Se reirian de vosotros las gaviotas y los pájaros, dado que esas aves tuvieran conocimiento, si vieran que pretendiais volar como ellas. Se reirian también de vosotros el gato, el perro, el toro y el caballo, al reparar que os peleais unos con otros como suelen hacer ellos».

«Las manos del hombre no han sido hechas por la naturaleza para esas riñas, y las garras del gato sí. Por eso el gato lleva en sus garras esos garfios con punta aguda y corte interior, para apresar al enemigo y desgarrarle las carnes; mas la mano del hombre es un instrumento mas delicado y tan felizmente dispuesto, que él sirve para escribir, para hacer relojes, para dibujar objetos, y tambien para construir casas, para tejer telas y hacer todo género de muebles. Para todos estos y otros usos semejantes son las manos del hombre, porque para todo sirven, y no para pelear co-

mo el gato, puesto que no van armadas de uñas agudas y cortantes».

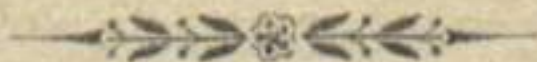
«La boca del hombre tampoco sirve para pelear, y la del perro sí. Por eso el perro vá armado en su boca de dientes fuertes aptos para hacer presa, y entre ellos cuatro agudos y largos como puntas de acero con los cuales sujeta al enemigo causándole á la vez heridas profundas. Mas la boca del hombre sirve para masticar y para otro ejercicio mas noble y mas digno, que es hablar. El habla si que es un don que vale infinitamente más que la fuerza y las armas que el perro lleva en su boca. Por medio de la palabra nos entendemos todos unos con otros; por medio de la palabra os enseñó todo lo que vais aprendiendo, y por medio de la palabra nos hemos comunicado hasta con Dios que se ha dignado hablarnos».

«La cabeza del ser humano está desarmada, mas la del toro tiene en sus astas poderosas lanzas que ningun animal puede resistir. Lo que la cabeza del hombre tiene es el pensamiento, con el cual se eleva hasta Dios, y tiene la inteligencia, el talento, con el cual lo aprende todo, y ha inventado barcos para poder andar por encima de las aguas, y locomotoras con que poder vo-

lar. La cabeza del hombre debe emplearse pues en estudiar y aprender».

«Los pies del caballo sirven para pelearse; tal fuerza tiene en ellos, que cuando los despide con violencia puede romper una puerta ó matar un animal; mas los pies del hombre no tienen esa fuerza ni esa disposición».

«Nosotros somos como Dios por nuestra alma, y como los animales por nuestro cuerpo; poseemos la inteligencia, que es divina, y los apetitos, que son brutales. Somos pues imagen y semejanza de Dios por una parte, pero somos tambien por otra parte imagen y semejanza del animal. Elegid vosotros mismos, y decidme que imagen quereis ser: cuando estudiais ó haceis el bien, imagen sois de Dios; cuando os peleais, imagen sois del bruto. Rechazad esta semejanza, porque si os pareceis al bruto, como tales sereis tratados por Dios y por los hombres. Cultivad vuestro espíritu con el estudio y las virtudes; porque los que más saben son los que mas dinero ganan, y los que practican la virtud son los que viven en paz y mas felices.»



II.

«Ayer me encontré con la riña de dos niños.—El uno daba golpes á su contrario con un palo, y el otro se defendia cogiendo piedras del suelo y arrojándolas á la cabeza de aquel. Cuando yo llegué al sitio, ambos estaban heridos y ensangrentados; pero mas que la sangre me horrorizó ver aquellas caras enfurecidas, las miradas siniestras é inflamadas, los movimientos y actitudes feroces por demás».

«Lo primero que hice fué separarlos, y cogiendo á cada uno de un brazo, les obligué á entrar en una casa, donde les lavé la sangre y les vendé las heridas. Se les habia pasado la fatiga y el coraje y viéndolos ya tranquilos, les hablé de esta manera».

«Cuando reñiais hace unos momentos, estábais horribles; no parecíais personas sino fieras irritadas, como lobos ó tigres, á los cuales hay que combatir y exterminar para que nos dejen en paz.—En poco estimais la alta honra y la noble dignidad que Dios os ha dado al haceros personas, cuando os despojais, aunque sea momentáneamente, de esa honra y de esa dignidad para convertiros en bestias sañudas

¿Por qué somos hombres, por qué personas? ¿Acaso por la forma de nuestro cuerpo? No ciertamente, una estatua tiene nuestras mismas formas, y sin embargo, no es persona. ¿Es por nuestros sentidos, ó por nuestra fuerza ó por nuestro arrojo para pelear? Tampoco, puesto que todo eso lo poseen los animales, y algunos en mayor grado que nosotros.—Somos hombres, somos personas porque tenemos alma, porque tenemos entendimiento, y porque tenemos conciencia. ¿Queremos seguir siendo personas? Pues es preciso que lo seamos á toda hora; y sabed que cuando estábais en riña, no erais personas, porque el alma, el entendimiento y la conciencia no pelean así; así pelean los animales».

«¿Sabeis para qué fines los hombres primitivos se unieron y se constituyeron en sociedad? Con muchos fines, pero uno de ellos fué defenderse entre todos de los animales feroces que entonces en gran número poblaban la tierra. Pues hé aquí que no hemos adelantado gran cosa; porque si hemos exterminado á casi todos esos animales, quedan aun enemigos tan terribles ó más en los hombres agresivos que promueven riñas. Pero estas cosas tocan á su término, se han de concluir muy pron-

to. Sabed que así como por estos países ya no hay fieras, sino algunos restos de lobos y osos que al fin desaparecerán, de la misma manera los hombres que hieren, que apalean y hacen sangre á los demás, tendrán que ir desapareciendo poco á poco como seres nocivos. No pueden vivir en una sociedad pacífica que se entrega al trabajo y busca su bienestar».

«Verdad es que los pendencieros, los que tienen ese brutal gusto de pelearse, viven poco tiempo: ó mueren en una riña, ó por resultas de ella van á presidio. De todas maneras morir es, porque ¿es acaso vivir estar encerrado en un presidio? Dos comidas al día nada más y muy malas, trabajar mucho para no ganar nada, por mundo un patio y una cuadra, soldados que amenazan con sus armas, y cabos que pegan con sus varas, frío en el invierno, calor en el verano, el desprecio de toda la sociedad. Encerrar á un hombre en un presidio, es lo mismo que enterrarlo vivo en un sepulcro grande».

Para ir á parar á esos destinos, la muerte temprana ó el presidio, se empieza así como vosotros, es decir, aficionándose á reñir desde niños. ¿Y pensais que el pelearse así es ser valientes? Nada de eso; la

pelea que habeis tenido no es hija del valor, sinó de un furor que os ciega, de un arrebató que os arrastra, de una especie de locura que se apodera de vosotros. ¿No es verdad que no sabíais lo que hacíais, y que estábais como locos? Pues no llameis valor á eso, sino furia, demencia, delirio. Valor verdadero, tranquilo, superior, el del navegante que para hacer á los pueblos el bien del comercio, afronta las iras de los mares y de las tormentas; ó el del minero, que para darnos los metales de nuestras máquinas y de nuestros utensilios, penetra en las entrañas de la tierra soportando el peligro de quedar sepultado en ellas.—Valor verdadero el del cazador de fieras, que por librar de esta plaga á la humanidad, pone en peligro su vida á cada momento; ó el del bombero, que en un incendio, por salvar personas ó intereses, escala el alto piso de una casa con exposicion á caer, y se abre paso á través de las llamas con el riesgo de perecer en ellas. Valor el de todo aquel que trabaja un año y otro año sin desmayar, y por el trabajo vence el destino, que le habia hecho pobre y él se hace rico. Este si que es valor meritorio y honroso, porque no es el valor de un momento, sino el valor de toda la



vida. Valor tambien, grande, noble y héroico, el del hombre que practica el bien, ahogando sus pasiones y sacrificando sus gustos, por no hacer el mal. ¿Quién vale más, el malo ó el bueno? Vale más el bueno. Pues eso es ser valiente, valer mas.»

Callé algunos momentos. Los dos niños estaban impresionados y pensativos. Entonces añadí.

Ya veis que os quiero sin conoceros, y me intereso por vosotros. Tres cosas os pido: 1.ª que seais amigos: 2.ª que asistais á una escuela; 3.ª que prediqueis la paz entre los demás niños.—A todo se prestaron los dos contendientes. Ya son amigos, van á una escuela, y de seguro predicarán la paz entre sus compañeros, para que no haya peleas entre ellos.

## EL MAS HOMBRE

Después que la Junta examinó la escuela de D. Justo Gonzalez, éste rogó á dicha corporación que le permitiera proponer á los niños un problema moral, como muestra de la educación que él les daba. Sea, dijo la Junta.

*El Maestro.*—«Yo soy mas hombre que tú», decia un joven á otro, provocándole de

esta manera á pelearse, cosa que este otro no queria. ¿Qué os parece, niños? ¿es más hombre el que más pronto está á pelearse?

*Los niños.*—Si eso fuera, los gatos y los perros serian los más hombres, porque son los que más se pelean.

*El maestro.*—Tambien he oido decir á otro: yo soy más hombre, porque bebo más. Y es lo cierto que bebia más aguardiente que los cuatro ó cinco que con él estaban.

*Niños.*—Seria el más bárbaro. Y si nó ¿en qué paró tanto beber?

*Maestro.*—Primero se puso muy provocativo, insufrible. *La* tomó con uno de sus compañeros, y queria acometerle con un arma. Los demás evitaron un choque sangriento. De este estado fué pasando al de una imbecilidad bestial: turbios los ojos, pálido el rostro, la boca entreabierta, de ella pendia un colgajo de babas; no podia pronunciar bien las palabras, se iba cayendo para todos lados. Por fin cayó en un charco y se revolcó en el cieno. Mas bien que hombre parecia un inmundo cerdo.

*Niños.*—De modo que en vez de ser el más hombre, fué el más bestia.

*Maestro.*—Tambien ví una vez que un sujeto se tenia por más hombre que los demás, porque era el que mas comia.

*Niños.*—Otra barbaridad. Hemos de comer para vivir, y no vivir para comer.

*Maestro.*—Yo soy más hombre que tú porque tengo más fuerza, oí decir también á uno. ¿Que os parece de esto?

*Los niños.*—Si eso fuera, el elefante seria el mas hombre en la tierra, y la ballena en el mar; porque estos son los seres que más fuerza tienen.

*El maestro.*—Sin embargo, el tener mucha fuerza es cosa buena. No así el comer y beber con exceso, ni el estar pronto á pelearse con otro.

*Los niños.*—La fuerza es buena; mas no por eso es mas hombre el que más fuerza tiene.

*El maestro.*—¿Pues quién es mas hombre?

*Los niños.*—El que más sabe y el que es más bueno. En esto nos distinguimos de los animales. Esto es pues lo que nos hace ser hombres.

*El maestro.*—Pero el valor ¿no es una virtud?

*Los niños.*—El valor es una virtud; pero no es valor pelearse dos hombres por afán de pelear. Eso es ferocidad.

*El maestro.*—Así es. Yo os enseñaré más. El valor consiste en no temer á la muerte

cuando hay que morir por el cumplimiento de un deber ó la práctica de una virtud. Ejemplos.—Los franceses atacaron á España el año 8; todos los españoles tenían el deber de salir al campo á defender á la patria; ir entonces á la guerra sin miedo á la muerte era valor.—La humanidad necesita el hierro, el plomo, todos los metales. Hay que buscarlos en las entrañas de la tierra. Meterse en las minas donde tanto peligro corre la vida, es también valor verdadero y digno.—Lo mismo es lanzarse á la mar para llevar á América lo que le hace falta y que está en Europa, y traer á Europa lo que hay allí y nos hace falta. Valor es arrojarse á una casa incendiada para salvar á los que están próximos á perecer. Valor es echarse al agua para sacar á uno que se está ahogando. En fin, hay muchas maneras de ser valiente; pero de ninguna manera es valor pelearse dos hombres por un motivo pequeño, insignificante; porque el uno ha dicho una palabra que le ha sentado mal al otro; porque le ha dado una copa y no la ha querido; porque cantó una copla picante, por cosas así tan ligeras como estas. Valor es dominar todas esas pasioncillas, no dejar que manden en uno los impulsos del amor

propio, despreciando todo lo pequeño y luchar sólo por lo grande y lo justo.



## LOS PÁJAROS



### CONFERENCIA A LOS NIÑOS.

«¡Pobres gorriones! Al llegar la época de la cria todos los muchachos buscan sus nidos, y cogen los pequeñuelos para no dejarles vivir más que algunas horas ó algunos dias. Los padres se lamentan de alero en alero, y giran con desconcertado vuelo en torno del raptor de su prole. Da pena oírlos. Si poneis los tiernos pajarillos en una jáula, allí vendrán los padres á darles de comer, á criarlos, á consolarlos, aunque teman caer en la trampa que les habeis puesto para cazarlos. La ven, se meten en ella, sacrifican su libertad por la vida de sus hijos. ¿No admirais este heroico ejemplo de amor paternal? Muy simpático se hace este pájaro, aunque no sea mas que por esto».

«En el invierno, en los días de lluvia ó de nevada, cuando los pobres gorriones no encuentran ni un grano ni una migaja, porque todo está bajo el agua ó la nieve, hay muchos niños que se dedican á ponerles cepos en que han de quedar presos. Y al fin de primavera, cuando ellos salen al campo á comer granos recién cuajados é insectos voraces, el cazador los espera en las puertas de la población para recibirlos á tiros. El gorrion, sin embargo, como si amara al hombre á prueba de todo género de sacrificios, hasta el de la vida, no se separa de él, no huye á los montes, no quiere albergarse sinó bajo las tejas de nuestras casas ó en los pequeños huecos de nuestros muros. ¿No os parece que le pagamos muy mal su fiel adhesión y alegre compañía? No me arguye la conciencia de haber atormentado jamás á uno de estos providenciales pájaros. Cuando alguno ha caído en mis manos, si ha tenido fuertes las alas, lo he echado á volar, y si no, lo he cuidado hasta que las tuviera, y le he dado libertad. Siendo yo niño como vosotros, unos muchachos fueron á echarle un pájaro á un gavián doméstico. Me conmovieron aquellos gritos de pavor que daba la víctima á la vista de su sanguinario

y poderoso enemigo, y dije con gran viveza: no se lo echais, os lo compro.—¿Cuánto das?—Dos cuartos.—Es poco; y lo acercaban al gavilán, y el pájaro piaba acongojado.—Cuatro cuartos.—Es poco, y volvian á acercarlo al ave de rapiña. Subi, subi hasta una peseta. ¡Qué angustia tenia el pájaro! ¡Que angustia yo! Por fin oí las palabras de indulto: «Tuyo es el pájaro». Lo cogí en mis manos, lo acaricié con alegría y di cuanto poseia: ¡cinco cuartos! «Una peseta» me dijeron en reclamación y con terrible aspecto aquellos verdugos del pajarillo.

—«Por Dios concededme un plazo, les contesté.

«Y me lo concedieron de dos semanas. Cuidé mucho al pájaro, y el mismo día que concluí de pagar su vida, le di libertad para que fuera á vivir entre los suyos alegremente. Por entonces cada vez que veia á un gorrión descender al suelo ó pararse en un alto, figurábame que era el mio y con el corazón satisfecho le decia; «vive, goza, canta, vuela; pero ¡ay! guárdate de los muchachos y de los gavilanes». Yo deseo, queridos niños, que seais con los pájaros así como era yo cuando tenia vuestra edad.»

«Sabed que el gorrión es un ser provi-

dencial, porque defiende muchas de nuestras plantas de cultivo, especialmente el trigo, de plagas de insectillos que las devorarían. Por eso en América han tenido que aclimatarlos para asegurar las cosechas.»

«Que se comen algunos granos; bien, pero salvan muchos hectólitros».

«Ahora viene bien un cuento. El rey de Suecia gustaba apasionadamente de las cerezas, y como los gorriones picaran muchas de las que se criaban en sus jardines, dió contra ellos un edicto de proscripción. Todos se dedicaron á perseguir gorriones: los más murieron, muy pocos se salvaron cruzando el mar y guareciéndose en Dinamarca. ¿Pero qué sucedió? Que ya no hubo cosechas de cerezas en Suecia, porque se desarrolló una plaga de gusanillos que se las comían en flor. El rey se apesadumbró; no encontraba remedio, y entonces fué cuando uno de los proscritos le escribió desde Dinamarca una carta en que le decía: «Si V. M. quiere que en Suecia vuelva á haber cosechas de cerezas, es preciso que dé una ley de indulto á favor de los gorriones, y además que los defienda de la malquerencia de sus vasallos. Porque ya lo ve V. M., nosotros nos



comiamos algunas cerezas, pero en cambio las defendiamos todas de esos enemigos que ahora no dejan ni muestra de ellas. Los devorábamos conforme aparecian, y así no les dejábamos tiempo de hacer el daño que están haciendo.»

Este bien que los gorriones nos proporcionan, no dejan de proporcionarlo también otros muchos pájaros: el ruiseñor, la nevatilla, el jilguero, la alondra (totovia), el pardillo y todos, porque todos se alimentan principalmente ó de semillas dañosas ó de animalillos destructores».

«Conclusion: no ofendáis á los pájaros, dejadlos en libertad, queredlos como á bienhechores nuestros. Veamos quien de vosotros es el primero en dejar libre á uno de estos cautivos.»



## LA ESPECIE CANINA



Un dia habló el maestro á sus discípulos en los términos siguientes:

«Ayer encontré á una cuadrilla de mucha-

chos callejeros, que apostados en dos esquinas, apedreaban á todo perro que por allí pasaba. Yo me dije: estos ignorantes no saben los grandísimos beneficios que la especie humana debe á la especie canina, ni habrá habido quien les haga notar las excelentes cualidades de este animal. En vez de cualidades iba á decir virtudes. Ello es que el perro simboliza la virtud de la fidelidad. A un hombre podrá serle infiel su amigo, su deudo, su hermano; pero nunca le será su perro. Al contrario, le guardará su casa y su hacienda, defenderá su persona y en esta defensa perderá la vida, si es menester. Y esto hace con su amo, aunque su amo le dé maltrato, aunque lo castigue sin razón y no le dé de comer. Su gran pasión es querer al hombre, y hacer todo género de sacrificios porque éste lo quiera. Cuando su amo le dirige un halago se vuelve loco de contento; cuando le pega, no huye, sino que se humilla, y con lastimero gruñido parece que le ruega. Si en esto alguien ofende á su amo, él corresponde á los golpes que acaba de recibir, lanzándose contra el enemigo como una furia. Todo menos permitir que nadie le cause el más pequeño daño, ni á él ni á su familia. Ved si hay en

toda la tierra otro animal que nos quiera de este modo. Ved si hay ningun otro que se preste á servirnos con tanta abnegación, á no vivir más que para nosotros, á morir en defensa nuestra.

En un principio las fieras abundaban mucho en la tierra. El hombre vivia rodeado de tales enemigos, que con frecuencia lo sorprendian y le daban muerte. La naturaleza les dió dientes y garras que son armas muy superiores; les dió además agilidad y fuerza que el hombre no tiene: estaba perdido el hombre. Pero el perro que es también fiera, se puso de su parte: fué el único que tomó este partido. Se salvó el hombre, porque las fieras acometen de noche, y el perro es un centinela nocturno que no tiene igual. Si el enemigo adelanta, él avisa; si quiere embestir, él pelea. Mientras tanto el hombre se pone en salvo. Esto es lo que ha sucedido. Despues el hombre se dedicó á ganadero. Sin perro hubiera sido imposible, porque las fieras hubieran robado todas las reses.

Ya lo veis; es necesario estar muy faltos de conocimiento para divertirse con apedrear al perro, tan generoso, tan valiente, tan amante del hombre y tan celoso de sus intereses.

Os voy á contar algunos sucesos de que he sido testigo. El hermano de D.<sup>a</sup> Josefa Perea, Maestra en Murcia, fué asesinado por un malhechor á la una de la noche, hora en que él hacia la guardia como empleado de consumos. El Perea llevaba un perro pequeño de raza indefinida, el cual mordió al asesino en las piernas. Quiso este matar también al perro; pero no pudo, se le escapó, y fué á avisar á su casa. Con sus ladridos desesperados despertó á un hermano de la víctima, lo trajo al sitio, y le mostró la catástrofe. Vinieron los serenos, la policia, el juez. Daba lástima oír al perro: materialmente lloraba, gemía, estaba inconsolable. Pero una vez levantado el cadáver, atendió á hacer un gran servicio á la justicia. «Por aquí», parece que decia al juez en aquella manera de romper la marcha repetidas veces en la misma dirección, y en aquellos ladridos que parecian llamadas. Por fin lo entendió el Juez, y echó á andar detrás del perro; lo mismo hizo la gente que habia allí. El animal los condujo á la casa del asesino. Cuando se abrió la puerta y el perro lo vió, se arrojó á él con mas furia que un león. «Este es», exclamó el juez y repitió la concurrencia. Negaba, pero el juez le dijo señalando al perro: éste es un

testigo que no miente jamás ¿Quiere V. mas pruebas que las que está dando este animal? Y el malhechor convicto—convicto exclusivamente por el perro—se anonadó y dijo la verdad.

José Torres Albaladejo, el hijo mayor de una maestra de Murcia, estuvo dos dias en laagonia, y durante ellos su perrita no quiso probar bocado. Estaba muy triste, se empinaba para ver al agonizante, y al verlo bajaba los ojos, y gimiendo se metia bajo la cama. José espiró á las 9 de la mañana, la perra subió á la cama, besó repetidas veces á su amo, y espiró también.

Una chiquilla fea y malévola de diez años llamada Fuensanta habia tomado mucha ojeriza á otra niña de ocho años, que era buena, muy buena y se llamaba Angeles. Cuando ésta iba al colegio, la otra la esperaba en una entrada, salia sigilosamente por detrás, y ya le arrebatava el cabás y se lo arrojaba á un charco, ya le rompía el vestido de un fuerte tirón, ó ya se lo manchaba con alguna agua sucia. En el paseo ejecutaba las mismas maldades. La niñera de Angeles no pudo nunca coger á la delincuente por más que hizo.

Se avisó á su madre, pero esa rapaz tenia por madre una mujer, que respondió con

descaro y malas razones. Se dió parte á la policia, y tampoco se adelantó nada. Pero un dia la perrita de la casa se fué con la niña y la niñera. Salió Fuensanta la mala, hizo una de sus fechorias, Angeles rompió á llorar; y la perra se abalanzó á la agresora, y sin hierirla, de cada bocado le arrancaba un girón de su ropa, hasta que la dejó en camisa; así mismo, ni mas ni menos, en medio de la calle. La malhechora gritaba, pedia socorro, pero como era tan mala, nadie se lo prestó, y la perra sin estorbo ninguno pudo perseguirla hasta la puerta de su casa, á donde llegó hecha una lástima, y muy escarmentada; tanto que nunca más volvió á ofender á la niña Angeles. La perra era muy joven, no tenia mas que seis meses; y ya lo vemos, se portó mejor que la policia.



## LA RIQUEZA

El que crea que la felicidad está en la riqueza padece un error muy grande. Hay muchos ricos que son muy desgraciados, y tal vez la riqueza es la causa de su desgracia.

«Yo era pobre y feliz, decia D. Luis Casanova, y ahora que soy rico, soy el hombre más desgraciado del mundo».

Al oír esto, recordé que á varios hombres ricos les habia oído el mismo lamento, y á otros no se lo habia oído, pero habia visto con mis propios ojos que sus desgracias eran muy grandes é irremediabiles.

¿Porque era desgraciado D. Luis Casanova? Por sus pleitos de fincas, por sus luchas de intereses, por las estafas que le habian hecho, por lo mucho que *despilfarraban* sus hijos. Era desgraciado, porque en este batallar habia perdido la paz del alma y la vida del corazón. Digámoslo todo: era desgraciado por sus pecados de rico: soberbias, venganzas, excesos de gula y de placeres, con todo lo cual habia perdido la salud. ¡Pobre D. Luis! era un rico que inspiraba lástima.

Un día vió á un trabajador comerse un gran cacho de pan y una sardina asada, y exclamó lastimeramente: «Le tengo envidia. Hace 25 años comia yo así, con ese apetito, con ese gusto, con esa hambre que dan la salud y el trabajo. Ahora, puchero, tapioca, ponches de huevos, y todo me sienta mal, todo me dá angustia, dolor, malas noches.»

—Paciencia D. Luis, le dijo su carpintero.

—Tambien he perdido la paciencia desde que soy rico, replicó D. Luis.

—Pues yo de V. hacia renuncia de bienes, me quedaba pobre otra vez, y á ser feliz.

—No, señor; cuando la riqueza es un vicio, sucede con ella lo que con otros vicios. Convencerá V. á un jugador de que el juego vá á ser su ruina; pero ¿á que no deja de jugar? A un borracho habitual le demuestra V. que la embriaguez es una menzura, una degradación y camino de una muerte temprana y repentina. Se convence, le dá á V. la razon, pero no deja de beber.

Pues así es la riqueza. Creo que se apasiona uno más por ella, cuantos más sinsabores y penas nos trae.

—Pues quiero ser carpintero y no quiero ser rico, no sea que la riqueza se lleve este bienestar en que yo vivo con mi trabajo y mi salud.



## LA POBREZA

¡Ay! cuántos ricos son como D. Luis y cuantos pobres como su carpintero! Este



habia sido oficial hasta la edad de 34 años. Como había dado con una esposa hacendosa y económica, y él era aplicado y de vida muy arreglada, ahorraron bastante para montar un taller. Ascendió pues de oficial á maestro. En vez de ganar 12 reales diarios, salía por 25 ó 30. Le trabajaba á varias casas ricas, y en todas, más ó menos, á ejemplo de la de D. Luis, no encontró más que desgracia y penas. Aleccionado con esta experiencia, solia orar el carpintero diciéndole á Dios: «No me hagas rico, Dios mio; me basta lo que tengo: el pan nuestro de cada dia con salud y paz, y sin más cuidados que mi trabajo. Lucho con la madera. La domino, la trasformo en puertas, ventanas, muebles de todas clases. Me recreo en mi obra, como tú, Señor, te recreaste en la tuya, cuando hiciste el Universo. Soy tu imágen y semejanza. No me hagas rico, no sea que por la riqueza pierda yo esta imagen, y pierda además la salud y la paz. Bienes son estos que valen más que el mucho dinero, y yo sé que estos bienes se sostienen por el trabajo, y se pierden por la holganza »

El carpintero oyó un dia al cura de una aldea, y otro dia al médico de D. Luis. Del uno aprendió cosas saludables para el es-

píritu; y del otro cosas saludables para el cuerpo.

Decía el cura desde el púlpito á sus feligreses, que todos eran pobres: «Regocijaos los pobres, porque cuando Dios se hizo hombre para redimirnos, se hizo tan pobre como uno de vosotros. Nació en una cueva albergue de viajeros pobres. Tuvo por padre en el mundo á un carpintero humilde. El mismo trabajó con sus manos para honrar el trabajo. Pobre vivió y pobre murió, y con su pobreza nos redimió. ¿Quereis mejor prueba de que los predilectos de Dios son los pobres? Ellos oyeron de sus labios estas palabras: «Venid á mí todos los que estais trabajados y llevais carga. Yo os aliviare. He venido á dar buenas nuevas á los pobres, y á anunciar á los cautivos su redención.»

«Regocijaos por haber nacido en la religión cristiana, que es la religión de los desgraciados. Sufrid con paciencia. Sabed que la resignación es la llave del cielo. El Divino Redentor nos dice que tomemos su cruz, y con ella nos salvaremos. ¿Y qué es tomar su cruz sino llevar con resignacion las penas de la vida, el trabajo, la pobreza, las desgracias y las aflicciones?

«Regocijaos. Jesucristo amó á los pobres;

los llamó á su lado; los hizo príncipes de su Iglesia. Les dió un padre omnipotente, que es Dios mismo. Adoramos la cruz, porque es imágen de Cristo en el momento supremo de redimir al género humano. Pues adoremos tambien la pobreza, porque es imágen de Cristo en todos los momentos de su vida y de su muerte.»

«Regocijaos y llevad con paciencia vuestros trabajos, porque de este modo representais al mismo Jesús. El será el Juez, y en el dia del juicio final dirá á los buenos: Venid al reino de los cielos, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis.—Señor ¿cuando hicimos eso contigo? preguntarán los buenos.—Y Jesucristo, radiante de gloria, les contestará: Siempre que lo hicisteis con los necesitados. Ya lo veis. Dios hace suya nuestra pobreza. Regocijaos. Sois hijos de Dios, y El está atento para ver quien os dá y quien os quita. Vosotros con vuestra fé y vuestra resignación, haceos dignos de estos cuidados divinos.»

¿No lo decia yo, pensó el carpintero al oír al cura de la aldea, que es mejor ser pobre que no rico?—Y lo que dijo el médico tambien le confirmó en esta creencia. Es

à saber: «Las enfermedades se hacen muy pesadas en los ricos. Con la molicie y los placeres continuos el cuerpo se debilita; y así es que cuando le ataca una enfermedad no hay en él fuerzas bastantes para rechazarla. La enfermedad es una lucha entre un enemigo que acomete y el organismo que se defiende. Vencerá el más fuerte. El organismo del pobre es casi siempre mucho más fuerte que el del rico. Como que lo ha endurecido el trabajo, y lo ha puesto á salvo de perturbaciones y desgastes la parquedad. Yo no sé como se curan algunas veces los pobres, se curan por su propia naturaleza, sin hacer nada. En cambio los ricos, salvo excepciones, cuando caen enfermos, por más atinado que sea el tratamiento médico, dura la enfermedad por lo ménos el doble de lo que debia durar.»

Así habló el médico, y con esto el carpintero meditó: «Todo está compensado en la vida. ¡Oh! Providencia, venero tus leyes ¡Oh! Dios mio, tú colmas de bienes á los pobres.»



## LA FELICIDAD

El carpintero de D. Luis, cuando llegó á la edad de 40 años, pensaba como un sabio, y casi como un santo. Se decia á sí mismo: «No hay felicidad aquí en la tierra, luego debe haberla en el cielo, porque no es posible que no la haya en ninguna parte. Ella es una necesidad nuestra, y todo lo que es necesario existe.»

«Por bien que esté un hombre, le han de sobrevenir desgracias y penas: una enfermedad, un quebranto en los intereses, la muerte de personas muy queridas. De todo esto he padecido yo. Pero en la enfermedad tuve paciencia y valor. Esto me ayudó á curarme pronto. En una obra perdí dos mil reales. ¿Me habia de afligir por esto? ¿Pues no habia ganado cuatro mil en otra? Adelante. Hay Providencia. ¿Se me han muerto dos hijos, el uno de siete y el otro de ocho años! Estos han sido los golpes mas terribles de mi vida. Llevo en mi pecho una pena muy grande, pero al lado de esa pena llevo también una fé consoladora que la mitiga. Los veo en el cielo al lado de Dios, que los colma de fe-

licidad. ¿Que queria yo para ellos sinó hacerlos felices? Pues los ha hecho Dios, que entiende de esto mas que yo.»

Con estas ideas el carpintero de D. Luis no solo endulzaba las penas inevitables, sino que las convertia en virtudes, como son el valor, la resignación, la fé y la esperanza. En cuanto á las penas que nos buscamos nosotros mismos, el carpintero estaba libre de ellas. Casi todas nuestras desgracias nos vienen de la soberbia, de la envidia, de la pereza, de las desavenencias, de la gula y de la pasion por las riquezas. El carpintero cuidaba mucho de que ni estas ni otras pasiones tuvieran entrada en su alma. Es lo que decia él: «La felicidad está en el alma. Cada uno que arregle la suya para ser feliz hasta donde es posible serlo en la tierra.»

Es verdad: en el Evangelio, en la conciencia humana y en el espacio infinito parece oírse una voz que dice. «Hombre, si quieres ser un tanto feliz, sé parco y virtuoso. Guarda los preceptos de la higiene y de la moral. El cumplir estos preceptos está en tu mano. La naturaleza te ha dado fuerzas para ello. Basta que tu quieras de verdad, basta que te empeñes; y á fé que la cosa merece ese em-

peño. Si aun quieres ser mas feliz, ama á Dios; porque amándolo no buscarás bienes falsos y engañosos, los cuales son casi siempre males verdaderos. Amando á Dios, buscarás sólo los bienes reales, que El te dará á manos llenas».



## LAS NECESIDADES FACTICIAS

El año 1864 los hermanos gemelos Juan y Benito salieron de la escuela por estar suficientemente instruidos. Los dos tomaron el oficio de cajistas. Su maestro, don Esteban Collado, no los perdió de vista. Era un maestro que, después de dejar los niños la escuela, seguía influyendo en ellos con el consejo. Los queria mucho antes y después, ni más ni menos que por haber sido discípulos suyos. Cuando encontraba á uno de estos, ya aprendiz de un taller, luego oficial, por último hombre casado, siempre lo paraba para preguntarle por su suerte, por sus costumbres, por sus adelantos; y con este motivo les recordaba sus enseñanzas, los exhortaba á la

virtud y al trabajo, y les recomendaba la fé, la piedad y la paciencia.

Un dia encontró este profesor á sus dos discípulos, los mellizos Juan y Benito. Tenian 15 años de edad. Iban fumando. Con este motivo les recordó sus consejos de escuela sobre las necesidades facticias. «Fumais, les dijo; pues gastais salud y dinero. No es posible que sea bueno para los pulmones ese humo, ni para el estómago esa saliva del tabaco. El estómago y el pulmón acabarán por adaptarse á esa sustancia nociva; pero adaptarse significa sufrir sin morir el ataque. Sin morir, pero no sin debilitarse.»

«El gasto en tabaco es por lo menos de un real diario, 365 rs. al año, 3.650 en diez años. ¡No se pueden hacer muchas cosas con ese dinero! Tomais la necesidad facticia del tabaco; tomareis otras, porque habeis abierto la puerta á las necesidades facticias. Muchos artesanos gastan en tales necesidades tres ó cuatro reales diarios. ¡Vaya un descuento que se hacen ellos mismos en sus reducidos haberes! Claro; aunque ganen 10 reales, para su casa no ganan mas que seis. Cuatro se van en humo y en cosas vanas. La casa va mal, porque le faltan los cuatro reales todos los



días. Las angustias crecen; se adquieren algunas deudas. Estas pesan sobre el ánimo. Empieza el mal humor. Vienen los disgustos, y de aquí una vida desgraciada. Yo que preveo todo esto, no puedo menos de aconsejaros que no os creéis necesidades facticias. Bastante tenemos con las naturales. ¿A qué viene tomar sobre esta carga otra más, para que no las podamos llevar? El mas pobre aun seria rico, si no llevara sobre si otras necesidades que las naturales. En su consecuencia somos pobres, no porque Dios nos ha hecho pobres, sino porque nos hacemos nosotros mismos.»

Así habló el maestro, y Juan nunca más volvió á fumar. Benito sí, fumó; con el tiempo se compró una petaca de 32 rs. y una fosforera de 12. Benito además se habituó á tomar café: 30 céntimos diarios más. Despues, á la edad de 20 años empezó á ir á la cervceria todos los dias festivos, y concluyó por ir los que eran y no eran festivos. De aquí un nuevo gasto de quince ó treinta céntimos diarios. Cuando este joven se casó gastaba en necesidades facticias la cantidad antes apuntada, esto es una peseta diaria. Y como no ganaba más que tres á todo trabajar, sólo le quedaba

dos para atender á las obligaciones de padre de familia. Era poco. La casa estaba siempre con mil faltas y escaseces. Empezó á tomar fiada la ropa y la comida. Fué peor. Le ponian precios caros. Perdia por esta razon un real diario. Ya eran cinco. Pedia prestado á sus amigos; hoy á uno, mañana á otro y así sucesivamente.

Por fin le debia lo menos á veinte. No podia pagar. Todos le trataban de tramposo y estafador. Huian de su amistad. Se encontró solo, desnudo, hambriento. Sus hijos lo mismo. Su desesperación era grande; pero menos dejar de fumar, de ir al café, de tomar la cerveza, y de comprar petacas, relojes y sombreros de moda; menos dejar de ir al teatro y á todas las diversiones. Perdió por último la vergüenza, esa joya del alma. ¡Cómo dominan al hombre las necesidades facticias! No hay más defensa que no adquirirlas.

¡Hasta que punto fué otra la suerte de Juan! El año 1886, á los 35 de edad, vivia en una ciudad, á ochenta leguas de su hermano. Era dueño de una imprenta. Todo era suyo. A nadie debia una peseta. Daba trabajo, y por lo tanto pan, honra y bienestar á quince operarios. Era como el padre providencial de ellos. El no ha-

berse creado necesidades facticias le permitió hacer ahorros con que fundar su imprenta, que mejoraba año por año.

Cuando supo Juan la triste situación de su hermano Benito, fué por él; se lo trajo á su imprenta, y le impuso un nuevo órden de vida. Mandó en él, lo dominó ¿Con qué derecho? Con el derecho que dan la virtud y la sabiduria; porque virtudes son el trabajo y el ahorro; y sabiduria es saber realizar el bien propio y el de los demás.



## CONFERENCIA

### EL VEINTITRES DE DICIEMBRE

Hoy damos *punto*, para descansar de nuestras tareas unos cuantos dias. Debemos despedirnos explicando el acontecimiento que se celebra en esta fiesta que todos los pueblos acogen con algazara y exaltacion. Es la fiesta de mayor júbilo. En ella se conmemora el nacimiento del Hijo de Dios, que por amor al hombre, se hizo hombre. Así

también Moisés por amor á los suyos que eran esclavos, se hizo esclavo cuando era príncipe. Del mismo modo en los tres primeros siglos de nuestra era, porque Jesucristo habia sido martirizado, millones de cristianos por amor á Jesucristo sufrieron gozosos los más crueles martirios. De estas heroicidades del amor ha habido muchas en el mundo; pero ninguna tan sublime y augusta como la del Hijo de Dios haciéndose hombre; porque para esto tuvo que humillarse en grado infinito, muchísimo más que si el rey más poderoso de la tierra por amor á su pueblo se convirtiera en esclavo ó en siervo; muchísimo más que si el hombre más rico del mundo entregara todas sus riquezas y se conformase con ser mendigo por hacer el bien del prójimo. Ninguno de esos descenderia tanto, como descendió el Verbo Divino al tomar nuestra carne con todos sus dolores y sus mortales angustias.

En Jesucristo, Dios se une á la humana naturaleza, como nuestra alma se une á nuestro cuerpo, ó como la luz al sol, para formar un solo ser. De este modo Jesucristo es humanidad como son los sabios, los héroes, los grandes varones. Y si todos estos son los que ilustran, ennoblecen y dig-

nifican á la humanidad ¿cuánto más no quedará dignificada, ennoblecida é ilustrada por Jesucristo? Sintamos en nuestro pecho la alta honra que hemos recibido con hacerse Dios mismo uno de nosotros, un hombre, un hijo de mujer.

Nació pobre; tan pobre, que en esa hora no tuvo cuna ni hogar; por lecho un puñado de paja, por casa una cueva que era albergue de pobres. Y nació en noche fria, sin luz, sin amigos ni parientes, á orillas de poblacion desconocida para su madre y para su padre adoptivo. No ha habido en la historia acontecimiento tan grande, tan influyente, tan regenerador, y sin embargo ninguno tampoco tan acompañado de circunstancias tan humildes, tan pobres y hasta míseras. Se juntaban en el suceso lo más excelso y lo mas bajo; es claro, se unia lo divino con lo humano, el cielo descendia á la tierra. No ha habido en el mundo personalidad tan famosa y augusta como la que después adquirió ese niño que nace en el establo de Belén, en la mayor pobreza y en el mas grande desamparo.

No os aflijais por la pobreza los que seais pobres; acordaos siempre de que Jesucristo tambien lo fué; es más, él amó la pobreza. En su mano estaba nacer pobre ó rico,

y prefirió nacer pobre, y lo fué toda su vida. El, que tenia por palacio los cielos, dejó ese palacio para vivir en humilde taller de carpintero, y en él trabajó con sus manos para ganar el sustento de su vida.

Consolaos con esta otra idea. La humanidad es pobre, porque en ella por cada rico hay mil pobres. Estos pues son los que constituyen la humanidad; para estos vino principalmente Jesucristo, y entre ellos nació, y entre ellos vivió. Llor á la pobreza y al trabajo, que son los atributos sociales que tomó en la tierra el Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Llor al trabajo y á la pobreza, que si merecieron el desprecio del mundo antiguo, de Dios merecieron la preferencia y la distinción. Somos pobres como lo fué Dios al hacerse hombre.

Pensad algun rato mañana y despues de mañana en el gran suceso que conmemoramos. Y regocijaos, porque ese suceso enseña á los pobres que en serlo se asemejan á Jesucristo, y enseña á los ricos que el pobre ha de ser considerado como imagen de Dios humanado.



## EL TRABAJO

### CONFERENCIA Á LOS NIÑOS

«Sed trabajadores como lo fué Dios mismo para crear el mundo. Dice la Sagrada Escritura que lo creó en seis dias; entendamos nosotros en seis inmensas jornadas, en seis épocas. Digamos: en seis veces, hizo Dios los cielos y la tierra y cuantas maravillas hay en ellos. Dice tambien la Sagrada Escritura que despues de esto reposó en el séptimo dia. Imitad á Dios, tomad de la semana seis dias para el trabajo y uno para el descanso. El ocioso, el que no trabaja no tiene la dicha y la dignidad de imitar á Dios.»

«¿A quien imita el que no trabaja? A nadie: porque el holgazán no tiene semejante en todo el universo. Trabajan sin cesar los astros. Ved sinó como el sol emplea constantemente su inmensa fuerza para retener en su rededor á la tierra, y como le envia la luz y el calor que á toda hora produce con el prodigioso esfuerzo de su combustión. El arde para que todos vivamos ¡Que trabajo mas fecundo no realiza la tierra para llegar á cubrirse de plantas,

y hacer que las plantas echen flores, y las flores se conviertan en frutos! También trabajan los elementos. Ved el aire como carga con las nubes que el mar exhala, y las trasporta salvando montañas y desiertos para regar los campos y alimentar los manantiales, Ved á los pájaros, que son industriosos fabricantes de nidos, y solícitos abastecedores de sus proles. ¡Cuánto tienen que trabajar para hacer la cuna y buscar el alimento de sus hijos! Las hormigas y las abejas viven almacenando víveres, los castores construyendo diques; la oruga tegiendo sus telas; las olas del oceano corriendo hácia la costa; los vientos viajando siempre por la tierra y el mar. Todo es agitación, movimiento, trabajo. Hasta en nuestro interior trabajan todos los órganos, y de tal manera que la muerte no es otra cosa que parar ellos de trabajar. El que mas advertimos que trabaja es el corazón: no puede parar ni un instante; cuando nosotros dormimos, él sigue moviéndose lo mismo que si estuviéramos despiertos. El hígado es un órgano admirable. Ved: nuestro cuerpo es la fábrica de la vida; toda fábrica produce escorias y residuos que hay necesidad de arrojar fuera por ser perniciosos y



contrarios á la fabricación. Esta fábrica de nuestro cuerpo produce escorias que son verdaderos venenos. La sangre los arrastra; y al pasar por el hígado, éste los toma y en ellos trabaja tanto que los transforma en bilis, jugo necesario á la digestión.»

«Si esto sucede en el universo entero y hasta en nuestro interior ¿cómo nosotros nos atrevemos á no trabajar? Si hasta Dios mismo cumple la ley del trabajo (llámese aquí, si se quiere, de la actividad) ¿cómo nosotros hemos de querer no cumplirla? Es deshonroso ser holgazán. Es lo más digno y lo más noble el trabajar, porque todo el universo trabaja, y especialmente porque Dios mismo trabajó para crear el mundo, y sigue trabajando para conservarlo. Nosotros creemos firmemente que Dios es quien hace salir todos los días el sol, quien dá impulso á los astros, quien dá calor de vida á la tierra, quien enciende y no deja que se apaguen las energías todas de la naturaleza. A trabajar, hijos míos; yo os convido con estas palabras á una vida de honra, de salud y de virtud.»

«Sabed que los antiguos cansignaron esta sentencia que las generaciones sucesivas

han ido reconociendo como verdadera: «La ociosidad es madre de todos los vicios.» En su consecuencia, huir de la ociosidad, ó lo que es lo mismo, realizar el trabajo, es huir de los vicios: del vicio de jugarse el dinero, del vicio de embriagarse, del de pelearse con otros hombres, del de blasfemar y no amar á Dios, de otros varios, todos los cuales destruyen primero la honra, despues la salud, y últimamente la vida.»

..

«El brazo es el instrumento del trabajo, la mano su parte más hábil, pero á este instrumento lo dirige la inteligencia ¡Oh! la inteligencia también trabaja. Su trabajo es el más difícil é importante, el más fecundo y el más elevado. ¿Que carpintero creéis vosotros que hará más obra, el que entienda mucho de carpintería ó el que entienda poco?—Todos me decís que el que entienda mucho, y habeis acertado. Yo os digo que esto mismo sucede en todos los oficios y en todas las artes. A medida que los hombres saben más, logran que el trabajo dé mayores resultados.»

«La especie humana con el pecado original perdió inteligencia, que es vigor del espíritu. Perdió también el vigor del cuerpo;

y como perdido el vigor del cuerpo se aumentan sus necesidades, el hombre se quedó por el pecado con necesidad de muchas cosas, y apenas apto para producir las. El trabajo material causa penosa fatiga en el cuerpo; la inteligencia trabajando se engaña muchas veces, y nos lleva á una pérdida en vez de llevarnos á una ganancia. Mientras tanto las necesidades nos piden alimento, abrigo, casa, muebles, recreo, tantas y tantas cosas, que no tenemos tiempo más que para trabajar, si hemos de vivir. Hijos míos, el trabajo en el principio fué para el hombre una ley santa, gratísima, nada penosa: pero así que el hombre pecó, quedó hecho la criatura mas desdichada, y su trabajo se convirtió por natural consecuencia en dolorosa ley de castigo.»

«Toda ley de castigo lleva al lado su ley de indulgencia. El padre que castiga á su hijo le perdonará parte del castigo, si el hijo lo acepta humilde y resignado; pero seguramente se lo aumentará, si lo resiste y se rebela. Lo mismo hace el maestro con el discípulo, los poderes con el delincuente, todo código con toda pena. Pero en nada se cumple esta ley de gracia como en el castigo del trabajo. Bien acreditado

está por la experiencia este proverbio. «Al que del trabajo huye el trabajo le persigue». No huyais de él; afrontarlo con valor, cumplidlo como una sentencia divina resignados y decididos, más aun, conformes con la voluntad de Dios. Solo así podreis alcanzar el indulto de una parte de esta condena.»

«Ved; el labrador que huyendo del trabajo, no escarda su sembrado, cosecha 20 fanegas menos de trigo que valen 100 jornales, cuando la escarda solo valia 15. El tendrá que reponerse de esta pérdida trabajando mucho mas que hubiera trabajado en la escarda. El criminal que roba para tener dinero sin trabajar, va á presidio, donde trabaja seis años sin fruto para él, siendo así que aquel dinero que robó lo hubiera ganado con solos seis meses de trabajo.»

«Amad pues el trabajo como una penitencia que os reconcilia con Dios, amadlo como una conducta que os hará merecer el perdón de una parte de esa penitencia, amadlo como una gloria del hombre, el cual, sólo por su trabajo, ejerce verdadero imperio en la tierra y el mar, es imagen viva del Creador en sus múltiples industrias, y levanta monumentos que refle-

jan la grandeza y la inmortalidad del espíritu.

«A trabajar, pues. La necesidad nos obliga á ello, el universo entero nos dá ejemplo, nuestra conveniencia nos lo aconseja, y sobre todo que Dios nos lo manda; Dios, que no puede mandarnos más que nuestro propio bien, nuestra buena suerte, nuestra pronta redención.»



## EL TRABAJO DEL AIRE

¡Oh sabiduría y omnipotencia del Criador! Todos los días debemos admirar y bendecir tus obras. Tú diste al agua la propiedad de la evaporación, y al aire la de admitir en su masa las moléculas evaporadas. El aire es como una esponja, embebe el agua, sólo que la esponja la embebe cuando está líquida, y el aire cuando está evaporada. Comprimid la esponja y soltará casi toda el agua que contenga. Que el aire se comprima, y también soltará el vapor que ha embebido. Al aire lo comprime el

frio, y se forman las nubes; á las nubes sigue comprimiéndolas el frio, y se forman las lluvias.

¡Oh Dios Creador! ¡que admirables y qué sencillos son tus medios! El mar es más grande que la tierra. En él se empapa el aire de vapor de agua, y vuela hacia la tierra á formar las nubes con ese vapor, y á convertirlo en lluvia que riega los campos. A veces una de estas nubes es tan grande que riega los campos de ocho ó diez provincias. ¿Quién será el que pueda decirnos los miles de hectólitros de trigo que una de esas lluvias produce, y á la vez los decálitros de vino y aceite y las cosechas de otros mil frutos que nos dá la tierra regada? El aire tan sutil, tan ligero é invisible, trasporta á grandes distancias, con suma presteza y á mucha altura, estas inmensas cantidades de agua. Solo él puede regar á la vez terrenos tan vastos y desiguales, lo mismo llanuras y valles, que altas sierras, donde tambien se crían plantas.

Con esas lluvias se forman los torrentes que van á los rios, y los rios al mar. De esas lluvias provienen tambien los manantiales: aguas que se filtran, y corren por debajo de capas terrestres, hasta que

encuentran una salida abierta bien por el hombre, bien por la misma naturaleza. Y mientras tanto el aire con su movimiento continuo, vuelve á los mares, se carga de vapor, y regresa á los campos y á los montes á regarlo todo de nuevo.

Y con el agua sobrante vuelve á producir los torrentes, y con la filtrada á alimentar los manantiales. No cesa en esta tarea de ir por agua, de venir á regar, de producir así las cosechas, de abastecer las fuentes, de mantener la vida del reino vegetal, del cual se alimenta y vive el reino animal.

Aun se aprovecha el trabajo del aire en la navegación. Por mucho tiempo él solo hacia este servicio que ahora comparte con la máquina de vapor. El aire empujaba las velas de aquellas naves de Colón que fueron á descubrir el nuevo mundo. El aire ha hecho por muchos siglos todo el comercio de mar. El bergantín y la fragata, la goleta y el brikbark se cargaban con mil toneladas, y el aire trasportaba toda esta carga de un continente á otro; del Mediterráneo al Atlántico, y de éste al Pacífico.

¡Qué admirable es la naturaleza! El aire es un cuerpo tan blando que no se siente

al tacto; tan tenue, que no se le vé; tan sutil, que se cuele por los poros de nuestra piel: y sin embargo, él trasporta por encima de las montañas el agua de todas las lluvias, de todos los rios y de todos los manantiales. Solo el rio Niágara lleva una corriente de miles de toneladas por segundo. Cae esta corriente en su gran catarata desde una altura de 46 metros. La fuerza de la caída es de muchos miles de caballos, igual à la que se necesitaria emplear para subir el agua tanto como baja. Pues bien, el aire la sube desde el nivel del mar, que está mucho más bajo, al lago Erié, donde nace el rio. Este lago está muy alto. Y no solo sube el agua del Niágara, sino la de todos los rios del mundo.—Por muy admirables que sean las obras del arte, mas admirables son las obras de la naturaleza.

El aire es nuestra vida. Entra constantemente en nuestros pulmones para quitar de la sangre el carbono que la envenena, y darle el oxígeno que la vivifica. El nos abriga; él nos dá luz y calor. Es el mejor aislador. Ocupando los huecos esponjosos de las telas fofas, nos defiende del frio. En cambio tomando el blando vuelo de céfiro y brisa, nos refresca en verano.



Arde el gas del alumbrado en los faroles, el petróleo en los quinqués, el carbón en las estufas, y la leña en las chimeneas. Quien hace arder á todos estos combustibles es el aire. Al faltar él, todo se apagaría. ¡Se apagarían también los sonidos! Nos quedaríamos sordos. No oiríamos el canto de las aves ni el murmullo de las fuentes. No existiría el divino arte de la música, no existiría tampoco la palabra. El es el trasmisor de estas maravillas. Las transmite estremeciéndose, poniéndose en agitación convulsiva, y esta agitación es su trabajo mas delicado y exquisito.

Cuando sopla con violencia, levanta del suelo las pequeñas semillas, y las transporta á largas distancias. Es el gran sembrador. También se lleva los miasmas y gérmenes de las enfermedades, y los combina con otras sustancias para que pierdan su energía dañosa.

Bendito sea el aire, *el espíritu* como le llamaban los antiguos. Y es verdad que parece un espíritu que rodea la tierra para dar vida á cuanto en ella nace y vive. Gime entre los pinos, y brama en las tempestades; mece suavemente las flores, y sacude los mares con furia. Siempre en movimiento, no descansa un momento; á

toda hora ocupado en sus mil trabajos, de día y de noche, un siglo y otro siglo, desde que existe la tierra, hasta que vuelva à la nada de donde Dios la sacó con su infinito poder.



## LA BLUSA

Era una blusa que valia dos ó tres pesetas. Su dueño, al recibirla de manos de la costurera se puso á pensar en el trabajo, la inteligencia y el progreso que suponía y representaba aquella prenda tan barata y modesta.

La habia cortado una mujer, y otra la habia cosido: ya son dos. La habia cosido en máquina; habia gastado hilo y botones. Esto suponía tres fábricas: la de las máquinas de coser, la del hilo y la de los botones. Pero la misma tela procedía de otra fábrica y ya son cuatro. Los operarios de todas ellas serian lo menos mil. Arquitectos, albañiles, carpinteros, cerrajeros, que tomarian parte en la construcción de estas

fábricas; y además acarreadores, picapedreros; ladrilleros etc. ¿Que menos que otros mil? Comerciantes y dependientes de las tiendas donde se compraron tela, botones, hilos y agujas, 20. El tren trajo todos estos productos; todos los empleados de varias líneas prestaron servicio, es decir su trabajo para que se hiciera este transporte: 200. El tren no marcharía sin la vía, en la construcción de la cual se emplearían miles de hombres ya braceros ya industriales, y además un cuerpo facultativo. En su conservación también trabajando de continuo algunos centenares. Consideremos por otra parte que el material del movimiento supone grandes fábricas de máquinas y carruajes, y talleres de reparación que ocupan á innumerables personas.

La tela de la blusa es de algodón, el cual fué criado en un campo de América: aquí tenemos nuevos trabajadores para el cultivo, la recolección, el transporte desde la finca al almacén, del almacén al puerto. Un vapor lo trasportó á través del Atlántico, tripulantes, empleados, cargadores allá y descargadores aquí, es decir, mucha gente que trabaja.

En las fábricas, en el barco, en los tre-

nes y aun en los instrumentos agrícolas mucho hierro y mucha madera, ésta sacada de los bosques, acarreada y labrada por un ejército de trabajadores, y el hierro extraído de las minas, sometido á fundición y luego aplicado á su objeto por otro ejército de soldados del trabajo. Y el tren, y el barco y las fábricas fueron puestos en movimiento por el vapor, y el vapor fué producido por la hulla: otras minas y otros mineros.

En todas las minas, estas y aquellas, se emplearon explosivos para barrenos, cordelaje para ascensiones y escalas, lámparas para alumbrarse, utensilios, instrumentos, albergues, casas, cables, vías, carros y caballerías. Considérese cuantos hombres pondrían su trabajo nada más para estos preparativos. Blusa de dos pesetas habrá que será debida al concurso de 100,000 trabajadores lo menos.

Es evidente que aquella blusa que puso pensativo al obrero era un prodigio de los tiempos, era hija de América y de Europa, en ella habían trabajado dos mundos, por mar y por tierra, en las minas y en los bosques, en los campos y en las fábricas, en los puertos y en los talleres. El mundo todo se puso á hacerla, y en tan peque-

ña obra acaso tardó muchos años. Sólo hay que advertir que mientras produjo esa blusa, produjo un diluvio de blusas, y otro de camisas. y otro, y mil, y muchos miles de útiles materias y objetos de que hoy se sirve el género humano para satisfacer sus múltiples necesidades.

Hagamos otra consideración. Este de la blusa necesitó, para obtenerla, de muchos miles de personas. Pero él era panadero; sin él y los demás panaderos no hubieran comido pan esos miles de personas. Y si hubiera sido zapatero, sin él y los de su oficio tampoco hubieran tenido zapatos. En conclusión todos nos necesitamos á todos; todos nos debemos servir reciprocamente; mas para esto es menester que todos trabajemos.



## EL DINERO

¿En que has gastado la peseta que tenias ayer?—Compré un globo de goma y una figura de barro.



¿Donde están esos juguetes?—La figura se me ha roto, y el globo se ha gastado y no sube.

—Mal empleo has dado á tu peseta. Yo á la mia le di otro mejor: 25 céntimos reparé á los pobres, y con los otros 75 compré un abanico á mi hermana Leonor. El abanico durará mucho tiempo, un año ó más. La limosna durará siempre, porque es mérito del alma, y el alma es eterna. Jesucristo ha dicho que el que dá limosna á los pobres hace obra tan buena como si se la diera á él mismo, y que en el dia del Juicio se acordará de esta obra y la premiará con dicha eterna.

Esta conversación tenían Juan y Miguel, cuando llegó su maestro, se enteró de lo que hablaban y los acarició con una sonrisa de agrado. Enseguida dió la siguiente conferencia á todos los alumnos de la escuela.

«El dinero es bueno ó es malo según el uso que se hace de él. Esto es como todas las cosas, como la comida por ejemplo. ¿Comeis para nutriros? Buena es la comida. ¿Comeis para indigestaros? Entonces es mala la comida; es decir, soís malos vosotros, que no habeis sabido hacer buen uso de los alimentos, cosa que saben hacer

bien los animales. El dinero se indigesta tambien. Todo aquél que tiene dinero, y no lo emplea en hacer su propio bien, sino que le sirve para hacer su desgracia, es que se le ha indigestado el dinero. Conozco á muchos que en su primeros años fueron pobres y felices, y después fueron ricos y desgraciados.

Pensad siempre que tengais en vuestras manos algunas monedas en qué las empleareis que mayor bien os produzca. ¿Que bien le ha producido á Juan el comprar con su peseta el flotante globo de goma y la pintada figura de barro? Ya no tiene ni una cosa ni otra; casi ha hecho lo mismo que si hubiera tirado su peseta al mar. ¡Que destino tan distinto ha dado á su moneda el reflexivo Miguel! Ha socorrido á seres necesitados que moririan de hambre sin esa limosna y otras; ha contribuido pues á salvarles la vida, y por ello ha quedado muy contenta su alma. Le ha regalado á su hermana un abanico, con lo cual se ha ganado su cariño, pues cariño merece ese recuerdo y esa deferencia que ha hecho con ella. ¿Y hay algo que valga tanto como el cariño? ¿acaso no vale más que los tres reales gastados en acrecentario?

Emplea bien su dinero aquél que lo gas-

ta en satisfacer sus naturales necesidades; pero lo emplea muy mal aquel que lo gasta en crearse necesidades facticias. Son necesidades naturales, el comer, el beber, el vestir, el hacerse una casa, el amueblarla, el instruirse, el medicinarsse y algunas más. Son necesidades facticias el fumar, las bebidas alcohólicas y de infusiones, el juego de azar en que tanto dinero se pierde, el lujo en que tanto se engríe la persona, y otras varias cosas.

Para satisfacer nuestras necesidades naturales con poco dinero hay bastante, pero las facticias con nada tienen bastante, porque puestos ya en servir las, ellas crecen y se multiplican á medida que hay dinero para satisfacerlas. No tengais lujo, ni gula, ni vicios, y os sobrará el dinero; tendreis además dicha y salud.

Vitelio en Roma gastaba cerca de 4.000 duros diarios en surtir de manjares su mesa. Lo mismo hacia otro romano llamado Elio-Vero, y el emperador Calígula y el emperador Eliogábalo. Se servian platos de lenguas y sesos de aves costosas como el pavo real, el avestruz, el ruiseñor; y otros platos de pescados raros y lejanos. El pescarlos y conducirlos vivos á Roma costaba un dineral. Se hacian otras locuras de este



género. ¿Y qué han logrado los que las hacían? Han logrado que su conducta nos cause horror y escándalo, que les llamemos bárbaros y malvados, y que nos dé vergüenza que sean de nuestra especie. Así los castiga la posteridad hace muchos siglos, y seguirá castigándolos hasta el último día. Y lo peor para ellos es que también los habrá castigado Dios en la otra vida. ¿Acaso no se portaron como bestias en ésta? ¿No fueron impíos y malvados? Pues como tales habrán sido tratados en la otra. ¡Cuán diferente sería la suerte de su nombre en este mundo y la de sus espíritus en el otro, si el muchísimo dinero que les sobraba lo hubieran gastado en hacer el bien! No hablaríamos de ellos, sino para ensalzarlos, y ahora serían espíritus inmortales y felices en el cielo.

No creemos en nuestro ser necesidades facticias. Con las naturales somos hombres; con las facticias sabe Dios si llegaremos á ser como bestias.



## EL TALENTO

Hay muchas clases de talento. El que aprende fácilmente Historia tiene talento para la Historia; pero tal vez le cuesta mucho trabajo el aprender Gramática, y es que no tiene talento para la Gramática. Hay talentos para las artes, y los hay para las ciencias; también los hay para el comercio, para la administración, para el mundo; en fin, que cada talento es de su clase, y son muy pocas las personas que tienen igual talento para todo. Cada uno que se contente con el suyo, y aplíquese á cultivarlo para hacerlo cada dia mayor, como es su deber.

En los talentos hay que distinguir otra cosa, y es el uso que de ellos se hace. De dos abogados de mucho talento, el uno se dedica á defender en los pléitos á los que claramente tienen razón, y en las causas criminales á los inocentes ó á los que ván á ser castigados con mayor pena de la que merecen. Noble uso de su talento, por el cual merece que los hombres le alaben y que Dios le premie. El otro abogado emplea su ta-

lento en defender malos pléitos y en librar del castigo á los criminales. Este abogado hace muy mal uso de su talento, y merece que la sociedad lo rechace y Dios lo castigue. Su conducta alienta á los criminales, puesto que tienen en él quien los defienda y los saque en bien. Tambien es causa de esos pléitos temerarios, en que un malvado busca el modo de quedarse con lo que no es suyo.

Habia en un taller de Ferreteria dos jóvenes de diez y seis años con mucho talento para el arte de trabajar el hierro. Rápidamente ascendieron á oficiales, y cuando llegaron á la edad de veinte años, ya hacian con prontitud y primor las piezas más perfectas y las obras más ingeniosas. ¡Qué cerrajas de seguridad, qué instrumentos tan útiles, qué temples y que resistencias daban á los metales! Habia emulación pacífica entre los dos; iban al que más podia, y la verdad es que los dos podian mucho. Pronto dieron fama á aquél taller, y los encargos de obras de mérito menudeaban. El dueño les pagaba altos jornales, y les hacia frecuentes regalos.

Habia una diferencia importante entre ellos. Perez Luzán (así se llamaba el uno) era virtuoso y guardaba el sobrante de sus

ganancias, después de lo que gastaba en sus necesidades y en algún legítimo recreo. De esta manera á la edad de 25 años tenia un ahorro de dos mil pesetas. Ferez Almagro, que era el otro, á esa edad no sólo no tenia ahorros, sino que estaba atrasado en mil pesetas. Era vicioso, y gastador. A veces empeñaba por seis duros la capa que le habia costado diez y ocho, ó por cinco el reloj que valia doce. Pedía prestado á sus amigos, no les pagaba á tiempo, y por esta causa sufría mil angustias y sofocos. Llegó á tener un sueldo de treinta reales; no le bastaba, sino que le crecían las deudas. Para ganar más abrió taller.

Un dia fué solicitado para que construyera una pequeña prensa destinada á hacer moneda falsa. La hizo, y se la pagaron muy bien. Tuvo dinero abundante unos días, pasados los cuales ardía en deseos de que le encomendaran otra prensa. Le encomendaron troqueles, ó sean cuños para la fabricación de moneda. También se los pagaron bien. Perez Luzán lo supo, y le aconsejó que no volviera á fabricar tales objetos, no sea que cayera en manos de la justicia. «Tú, le decía, no necesitas echar mano á esos delitos para tener dinero. Igual es mi habilidad que la tuya; los

dos sabemos lo mismo; los dos tenemos las mismas obligaciones. Yo tengo ya 4.000 pesetas de ahorro. El maestro piensa cederme el taller, porque él se retira. Me caso, tengo 28 años. Si Dios me da salud, seré un hombre acomodado. Tú puedes emprender la misma marcha, y aunque ya has perdido mucho tiempo, nunca es tarde para lo bueno.» No tomó el consejo y véase el resultado.

Llegaron á la edad de 38 años. Ferez Almagro con la salud perdida estaba en la cárcel, esperando la saca de presos para el penal de Granada, á donde iba á cumplir la condena de diez años por monedero falso.—Perez Luzán, por el contrario, poseía un gran taller y un buen capital; tenía una esposa feliz, y tres hijos sanos y hermosos, que crecían y se educaban para ser algun dia tan honrados y laboriosos como su padre.

¿No fué una locura aquella vida y aquella marcha que siguió Ferez Almagro? Vino á ser un presidiario, siendo así que en su mano estaba haber sido un industrial rico como su compañero. Que Ferez Almagro no eche á nadie la culpa de su desgracia; ni Dios ni los hombres la tuvieron, sino sólo él. Dios le favoreció con el talento

y la habilidad; pero él hizo tan mal uso de estas dotes, que no las empleó mas que en su daño. Empleemos en nuestro bien las facultades que nos ha dado la naturaleza ó el cielo.



## MANUEL Y ENRIQUE

«Estoy muy triste.» Esto dijo Manuel, de catorce años de edad, á su primo Enrique que tenia 17. Este le contestó.

—¿Qué te sucede?

—Quitó ayer á mi padre dos reales, y á las tres horas, cuando ya los habia gastado, ocurrió una escena terrible, que me llenó de horror. Pasó otra hora y vino otra escena. Estoy avergonzado, confuso y aturdido. No sé que hacer.

—Cuéntame esas escenas.

—Yo estaba en la escalera. Mi padre debajo. Yo lo veia á él; él no me veia á mí. Llegó el Sr. Julián buscando á su hijo Luis, que le habia quitado un billete de 25 pese-

tas; y mi padre le dijo: «Tú tienes la culpa de que te sucedan esas cosas. Si lo hubieras castigado la primera vez que te quitó dinero, que fueron dos reales, no te sucedería esto ahora. Recuerda lo que te dije entonces: Escarmiéntalo, no le dejes pasar ésta. Tú se la dejaste pasar. Te quitó dinero otra vez, varias veces, y siempre á más. Ya ha llegado á cinco duros; llegará á diez, te arruinará, y cuando no tenga que quitarte, empezará á estafar, y sabe Dios. Mira, la cuestión no es ni de dos reales ni de veinticinco pesetas. La cuestión es de educar á los hijos, de no hacerlos gastadores, porque gastador quiere decir vicioso y desgraciado. ¡Ay de mi hijo el día que se atreva á quitarme dos reales! No lo quiero pensar». Esto sucedió, y al poco rato hé aquí á mi padre buscando dos reales que echó de menos, y preguntando á todos los de la casa menos á mí. Preguntó á todos muchas veces; á mí ninguna. Pero está muy serio conmigo. Me mira de vez en cuando, y su mirada me aterra. ¿Que haré, primo de mi alma?

—Devolverle los dos reales á tu padre.

—¿Y cómo, si los he gastado?

—Gánalos como quiera que sea.

—¿En qué?

—Vente conmigo.

—Y se lo llevó á una imprenta, donde ganó dos reales dándole á la rueda de la máquina.

—Ahora, le dijo, pones los dos reales en el mismo sitio de donde los tomaste.

Así lo hizo, y volvió á su primo para darle la noticia.

—¿Estás ya tranquilo? le preguntó.

—Ya lo estoy,

—Pues siempre que obres mal, deshaz lo hecho en la forma posible. Esta es la ley de nuestra regeneración. Ahora dime: ¿Quién te indujo á quitar á tu padre esos dos reales?

—Antonio.

—Me lo recelaba. No seas ya amigo de Antonio. Deja la amistad y el trato de todo aquel que una vez te induzca al mal. Sé amigo y acompáñate de todo aquel que te dé el consejo de buenas acciones. Teniendo yo doce años un muchacho me sedujo á que le quitara á mi padre una peseta. Metí la mano en el cajón, y no me atreví á tomar mas que diez céntimos. Yo temblaba; bajé la escalera, y crecía mi espanto. Pude llegar hasta la puerta; pero desde allí me volví corriendo, y dejé la moneda en el mismo sitio de donde la había toma-



do. Si no la deajo, me da un accidente, me caigo al suelo sin sentido. ¡Robar yo á mi padre, que tanto me quiere, y se desvive por mi; me alimenta, me viste, me cuida, me educa!

¡Qué iniquidad!

Asi que dejé la moneda, di un profundo suspiro, y con él se me fué la afición que sentia por aquel muchacho, y en su lugar nació en mi una fuerte repugnancia. Aun creo que la siento. Lo mismo has de sentir tú por Antonio.



## EL HIERRO

¿Cuál es el metal más interesante á la humanidad? ¿Cuál es el que más beneficios nos ha traído, y el que nos es más neces-

rio? No es ciertamente el oro ni la plata, sin los cuales podriamos vivir muy bien. Es el hierro, que nos hace fuertes y poderosos, de tal manera que con él hemos vencido á todas las fieras, nos hemos hecho dueños de la tierra y el mar, y hemos fundado todas las industrias.

La tierra produce abundantes frutos para nuestra alimentación, porque la laboreamos con instrumentos de hierro como el azadón y el arado. Tenemos barcos, porque antes hemos tenido hierro con que cortar las maderas primero, y con que acoplarlas después. Con el hierro cortamos los sillares, y la piedra de yeso, y la tierra de los ladrillos, todo el material de que nos servimos para construir nuestras casas. Carros de transporte, carruajes de viaje ó de lujo, trenes, todo esto se hace fuerte y servible por el hierro que lleva. Sin este metal no tendríamos *rails*, locomotoras, calderas de vapor, máquinas de todas clases; no tendríamos industrias, ni producción, ni poder, ni vida. Entremos en cualquier casa, observemos todos los muebles y utensilios; unos son de hierro, y otros no hubieran podido hacerse sin el auxilio del hierro. ¿Y las armas de que son? ¡Qué débil y que impotente es el león enfrente

del hombre armado con el rifle! Se ven á 500 metros, y antes de que la fiera dé veinte pasos, ya tiene atravesado su cuerpo por 18 balas. ¿Qué ha de suceder, sino que la fiera caiga al suelo, espirante, desangrada, heridas sus entrañas, quebrados sus huesos por el poder de aquel pedazo de hierro que el hombre lleva en sus manos? El arpón con que se mata á la ballena, y se extrae el atún, los anzuelos con que se hacen tantas pescas, de hierro son.

¿Donde hay plata y oro para hacer tantos instrumentos, armas y máquinas como necesitamos? Y aunque hubiese, son estos dos metales muy flojos, y no sirven para nada de eso. El fuerte es el hierro; este es el que nos da poder y dominio. El oro vale tanto, porque los hombres han querido darle ese alto precio que tiene; pero el hierro vale porque Dios ha puesto en él las mejores cualidades, y lo ha hecho muy abundante para que lo aprovechemos en todo. Si desapareciera el oro, ninguna desgracia nos vendría; pero si desapareciera el hierro ¿qué sería del hombre? Y sí el hierro es, como vemos, nuestro poder, es también nuestra vida. Ni una molécula de oro hace falta en nuestro cuerpo; y en cambio el hierro va en nuestra sangre, y en ella está dán-

dole la virtud de mantenernos vivos. Y ¡ay! de aquel que pierde algunos granos del hierro que lleva en su sangre! Si no los repone pronto, se le declara la anemia, que es una enfermedad mortal.

¡Cuánto vale el hierro! ¡Qué agradecidos debemos estar á este benéfico metal! Es entre todos los metales el mejor, el que mas nos sirve; es el mas precioso don que nos ha hecho la naturaleza. A su lado el oro es ruin, pobre, insignificante; no tiene energia ni resistencia para nada. Solo nuestra imaginación le ha hecho valer tanto, y el vicio social le ha hecho valer más. Llor al hierro; sean para este nuestras alabanzas, y dejemos al oro con su color amarillo, color de muerto, que se esconda, avergonzado y envidioso de las glorias del hierro, en las arcas del usurero y del avaro.

—

El oro no existe en el sol; el hierro sí.

Del cielo caen piedras de hierro. Algunas han llegado á pesar 20.000 kilogramos; pero de ordinario son mucho mas pequeñas. De este hierro, que se llama meteórico, fué del primero que empezaron á servirse los hombres. Aun se sirven de él en la Groenlandia (norte de América), en la

Laponia (norte de Europa) y en la Siberia (norte de Asia); también lo utilizan algunos otros pueblos salvajes de América y Africa.

En la tierra hay muchísimo hierro, pero mezclado con otras sustancias. En tiempos remotos cuando eran pocos los que sabían limpiarlo de esas sustancias, el hierro costaba más caro que el cobre. En Esparta se usó la moneda de hierro.

El acero no es más que hierro que lleva una parte de carbono, del 5 al 15 por 100. Y resulta que es tanto más duro cuanto más carbono lleva, pero también es más quebradizo. El temple, que se hace calentándolo hasta el rojo, y sumergiéndolo de pronto en agua, aumenta su dureza y disminuye su fragilidad. Con el temple adquiere elasticidad, como se ve en los muelles de reloj, en las ballestas de los carruajes y en las hojas de sierra. Las tijeras con que se corta el mismo hierro, los cepillos con que se le acepilla, y las limas, y las barrenas; todo esto es de acero de mucho carbono y bien templado.



## EL VIDRIO

Si el hierro es el instrumento de nuestro poder, el vidrio es el gran auxiliar de nuestra inteligencia. Alfabeto y vidrio: hé aquí los dos instrumentos mas gloriosos del saber humano.

Vidrio quiere decir lentes del telescopio con las cuales alcanza nuestra visión á otros mundos que flotan en el espacio, y á otros soles que alumbran á otros mundos. Quiere decir pasear nuestra mirada escrutadora por el firmamento y descubrir las nebulosas allá en la inmensidad.

Vidrio es lente y campo del microscopio, donde vemos lo invisible, y sorprendemos los secretos mas recónditos de la naturaleza. Vidrio es tambien los objetivos de la cámara fotográfica, con que tomamos la imagen de un astro para amplificarla hasta hacer sus mapas topográficos.

Por medio del vidrio y en esa misma cámara obtenemos tambien, á peseta ó á real, los retratos de las personas queridas para gozarlos en su ausencia, para darles culto piadoso despues de su muerte. Las vistas, los panoramas, los monumentos, todo va

al clisé, y del clisé al papel por medio del vidrio.

También es vidrio el prisma del espectroscopio, donde se analiza el sol, y la luna y las estrellas, como si de estos cuerpos celestes tuviéramos en nuestras manos muestras auténticas. Llor al vidrio y á su ignorado autor. Nadie sabe quien fué; pero aun así de él debía la civilización crear su imágen para levantarle estátuas por todo el mundo.

Sin vidrio no habria faros, ni alumbrado, ni termómetros, ni vasos de análisis, ni cámaras de experimentación. ¡Pero si no habria gabinetes ni observatorios; si no habria ciencia! ¿Quien sino el vidrio nos ha enseñado lo que son los colores, lo que son los tejidos orgánicos, lo que es la vida y lo que son multitud de enfermedades? ¿quien nos lo ha enseñado casi todo?

Entrad en cualquier casa. ¡Qué de servicios no hace el vidrio! Copas, vasos, botellas, frascos, tubos, vidrieras. ¡Ahí es nada las vidrieras! Paso á la luz y al calor del sol; atrás todo lo que nos ofende, el frio, el viento, la nube de polvo. Ponedlo delante de los ojos del miope, y ya no es miope; lo mismo sucede con el présbita. Corrige, aumenta, perfecciona la vista; y si el ojo

está enfermo, lo defiende tomando colores oscuros. ¿Y en los espejos que de verdades no dice, y qué reproducciones no hace de todos los objetos? El hombre lo veía todo menos á sí mismo, que es lo que mas le interesa, y seguramente vivió muchos siglos diciendo: todos me ven y me conocen menos yo. Apareció el espejo y le dijo: mírate en mí. Y el hombre se vió detrás del espejo, del vidrio, y desde entonces toda persona que se acerca al vidrio se duplica, se hace dos, una para ver y otra para ser vista.

Es tan frágil que se le ha tomado por simbolo de la fragilidad; y sin embargo, detiene el rayo, lo rechaza, le hace tomar otro camino.

Así para librarse del rayo, basta sentarse sobre un taburete, cuyos pies terminen en vidrio. ¡Tan frágil, y como resiste el rayo, resiste tambien á los ácidos mas enérgicos que todo lo corroen y descomponen: el sulfúrico, el nítrico, el clorhídrico. Solo es atacado por el ácido fluorhídrico.

Bien merece que nos deleitemos en conocer su composición. El vidrio de vidrieras se compone de sílice (arena blanca) sosa y cal. El de botellas, de sílice, sosa, cal, alúmina y hierro. El de Bohemia, de sílice,



potasa y cal. El cristal, de sílice, potasa y plomo. Segun las proporciones de plomo así resulta el cristal común, el flint-glass ó el strass. Si el plomo se reemplaza, por el zink ó el thalhiun, resultan otras variedades de cristal; y si no se reemplaza, sino que se elimina, se obtiene el cristal sòluble ya de potasa ya de sosa. Este último, con el nombre de silicato, se emplea mucho en la fabricación de jabones de tocador, y es indispensable en la del jabón inglés, el jabón más generalizado hoy, muy barato, blanco con moteado azul vivo.



## LOS INVENTOS

¿Cuál es el invento mas grande que han hecho los hombres? preguntò un dia el maestro á sus discípulos mas adelantados. Y viendo que no le contestaban, les dió 30 minutos para que pensaran la contestacion.

Ramón dijo que á él le parecia que el invento más útil y admirable era el de la locomotora; porque corria mas que un caballo, y trasportaba tal cantidad de mercancías, y tantos viajeros como no podrian trasportar mil caballos juntos.

Aurelio dijo que el invento superior á todos debia de ser la pólvora, que servia para la guerra, para las minas y para los fuegos artificiales.

Joaquin contestó que para él no habia invento como el del telégrafo; porque eso de estar moviendo aqui un oficial el pequeño manipulador, y estar saliendo escritas allá á 100 leguas las palabras que él piensa, es una cosa que parece sobrenatural.

Raimundo dió su parecer en estos términos: El invento que mas beneficios ha traído es la quinina, porque salva muchas vidas de enfermedades que son muy frecuentes, y antes eran mortales.—Rara contestación en un niño; pero es que Raimundo era hijo de un médico. Sin duda se lo había oído así á su padre.

El maestro le preguntó: ¿Y la vacuna?—Tambien, contestó el niño; antes de encontrarse la vacuna morian muchos de viruela; y otros quedaban ciegos ó sordos, ó con otro daño en su cuerpo.

Nicolás prefirió á todos los inventos, el telescopio, con que se ven las montañas de la luna y las nubes de Venus y mil maravillas más por todo el cielo. Domingo, el microscopio, con el cual alcanza nuestro ojo á ver y nuestra alma á examinar miles de seres que son invisibles por pequeños, y que interesan á nuestra salud y á nuestra vida. Gregorio dijo que no habia invento como la navegacion, con la que recorreremos todos los mares, visitamos todos los paises, damos la vuelta al mundo, lo cual no hace ningún pez con ser habitante del agua, ni tampoco ninguna ave apesar de tener alas.

Otro niño manifestó que la arquitectura era lo que él más admiraba, porque con ella se fabrican las ciudades, se construyen los templos y se levantan gloriosos monumentos, que perpetuan la memoria de los hechos más heróicos, y mueven el ánimo de los hombres á imítarlos.—Este era nieto de un arquitecto.

Otro era entusiasta de los globos aerostáticos, y dijo de este invento: Es con lo que más alto sube el hombre. Salva las nubes, se coloca sobre ellas, y allá en el espacio, á donde no llega el águila, contempla los mares y las naciones, mira á sus

pies casi medio mundo. ¡Vaya un trono! Entonces si que es el hombre el rey de la creación.

Los niños restantes, hasta quince que componían la sección más adelantada, optaron por algunos de los inventos ya mencionados. El maestro les dijo: «Ninguno os habeis acordado de la brújula, ni del reloj, ni de la música, ni de la numeración; de los tejidos, la preparación de alimentos, la moneda, la fundición del hierro, la fotografía, el alumbrado, todas las industrias, todos los instrumentos, todas las fabricaciones y otros muchos inventos y adelantos. ¡Cuántos afanes y trabajo ha costado todo esto, y cuántos beneficios tenemos con ello! ¡Que agradecidos debemos estar a los hombres que consagraron su vida al logro de esos adelantos, para que nosotros los gocemos ahora! Pero todavía no hemos nombrado el invento que á mí me parece el superior á todos: es el alfabeto, esas veintitantas letras, con las cuales se escribe en hojas de papel todo el pensamiento humano. Se escriben todos esos inventos que hemos nombrado y muchos más que posee la civilización, y una vez escritos, ya no es posible que se pierdan. Se escribe cualquier adelanto, y en escritura se envía

del pueblo en que se ha hecho á todos los pueblos de la tierra, para que todos se aprovechen de él, y todos se exciten á dar un paso más en el progreso. Se escribe la historia, y así vivimos en comunicación con las generaciones pasadas, y la establecemos para las generaciones venideras. Así se hace una y continúa la vida de la humanidad. Se escriben las leyes para que sean conocidas de los que las han de observar. Se escriben los títulos de la propiedad. Se escribe toda la ciencia para que todos la aprendan. Se escribe por fin la palabra de Dios. Para que se realizara el progreso humano, fué menester empezar por el alfabeto. Antes del alfabeto no podía haber más que ignorancia y barbarie, pero inventado éste todo empezó á ser progreso y civilización. La imprenta y la litografía no son más que aplicaciones de ese invento, formas ventajosas de la escritura. (1)

---

(1) Esta lección va dirigida á despertar en los niños la inclinación á pensar en cosas graves, y dejar las fívolas. También á fundamentar en sus almas el respeto y gratitud á los antepasados, que tantos bienes nos han legado en todos sus inventos.

## LOS ASTROS

Júpiter es un mundo 1.234 veces mayor que la Tierra, y le acompañan cuatro lunas (1) que hacen que allí sean las noches muy claras y hermosas. ¡Qué montañas tan altas tendrá este planeta! Sus rios, sus mares, sus valles, sus nubes; todo será allí grandioso.

Más admirable es el Sol: un millón y cuatrocientas mil veces mas grande que la Tierra, más de mil veces mayor que Júpiter. Sus montañas son de fuego y se levantan á 60.000 leguas. Eternamente está ardiendo y no se consume. La tierra, Júpiter y seis mundos mas son hijos suyos; de él nacieron, y á todos les envia su cariño en la luz, su vida en el calor.

«¡Qué grande es esto!» decimos nosotros. Y la ciencia nos contesta: «¡Cómo grande! pequeño y muy pequeño. Lo grande es el Universo, en el cual ese Sol con su familia de mundos no es mas que una burbuja del

---

(1) Se ha descubierta una más.

mar de estrellas que componen la via láctea, estrellas que son soles, y que tendrán todas sus planetas, sus mundos semejantes á la Tierra y á Júpiter».—«Es verdad, tenemos que contestar; cada estrella es un sol, tal vez más grande que el nuestro, y todos esos soles tendrán sus mundos á quien dar luz y calor. Es cierto tambien que este sol que nos alumbrá, y que lleva tras de si nada menos que ocho mundos, uno de los cuales, Saturno, tiene en rededor suyo ocho lunas; este sol, que es tan grande y tan hermoso, no es más que una estrella de los muchos millones de estrellas que componen la via láctea. No somos nada, ni es nada la Tierra, ni tampoco el Sol. Todo lo es la via láctea».—«Aun es pequeña para lo que es el universo, nos dice la ciencia. Es sólo una nebulosa, y en el espacio hay muchas nebulosas que se descubren con el telescopio, y debe de haber muchas mas, que por lejanas ní aun con el telescopio se pueden ver.»

Tan pequeños nos quedamos al contemplar estas cosas, que nosotros mismos ni nos vemos ni nos estimamos, ni creemos que podemos ser nada. Creia el hombre que la hormiga y el mosquitillo eran los pequeños, y él era el grande y el poderoso;

y ahora poniéndose delante de tantos mundos y soles, de esas nebulosas que se ven, y de las que hay más allá por todos lados y que no podemos ver, tiene que decir el hombre: ¿quién soy yo? menos que hormiga, casi igual á nada.

\* \* \*

Hay un hombre muy rico, muy sabio, muy poderoso y muy bueno, que ha construido tres suntuosos palacios; ha roturado inmensos terrenos; ha conducido á ellos canales de riego, y ha hecho allí quintas, parques, huertas, aldeas. Tambien ha hecho un puente de hierro, un tunel, una via, un puerto, barcos y trenes. Todo esto es suyo. Este hombre tiene un hijo de tres años. Es tan pequeñito, que no sabe hablar. Lloro con frecuencia, porque es débil; no obedece á su padre, porque no tiene conocimiento; en todo yerra, porque no sabe nada. Y sin embargo, el padre se deleita en él, y lo acaricia á toda hora, y lo toma en sus brazos y le da muchos besos. Lo quiere infinitamente más que á sus campos y palacios, que á sus fábricas y sus barcos, infinitamente más que á todo cuanto posee. Asi es Dios con nosotros. Mira á esos mundos y á esas nebulosas



que llenan el espacio, como ese hombre tan rico mira á sus campos y á sus trenes. Al ser humano, débil, pequeño y pecador, lo mira Dios como el padre al hijo, porque el hombre tiene un alma que es hija de Dios, y los mundos y las nebulosas no tienen alma ní la tendrán jamás. ¿Qué tiene que ver que sea pequeño el niño para que valga más que los campos y los palacios con ser tan grandes? Precisamente el padre fomenta y crea todas estas riquezas para dárselas al hijo. Esto es bondad del padre; y porque es bondad, hemos de atribuírsela á Dios en un grado mucho mayor.

Nos ama Dios; hé aquí nuestra fuerza; porque somos muy pequeños, pero ese amor nos hace muy grandes. Por eso la pequeñez que sentimos delante de Dios, es humildad y gratitud. El Universo no nos ama; nos confunde, nos borra del espacio; por eso lo que sentimos delante de él es aniquilamiento. De este aniquilamiento no podemos salir sino creyendo en Dios y en su amor.



## LAS GRANDES POBLACIONES

Decía Juan Hurtado en su aldea después de haber pasado dos meses en Barcelona: «Cuando allí se pone el sol, brota la luz por todas partes en focos eléctricos y surtidores de gas. La noche es más hermosa que el día. Al poco de obscurecer entré por vez primera en la calle de la Rambla. Dos filas de columnas con cinco faroles cada una: aquellos grupos de luces parecían constelaciones del cielo. Otras dos filas de focos eléctricos: cada uno parecía un astro mas grande que la luna. Todos los escaparates y todas las puertas echaban á la calle luz á torrentes. Yo quedé deslumbrado.»

«El gentio era inmenso. Parecía que la humanidad desfilaba por la ancha via. Las casas como palacios; los comercios, suntuosos; las fábricas, incansables, superando á la naturaleza en producciones maravillosas. Las ví al siguiente día. Ví también los paseos, las fuentes, los teatros. Oí los conciertos. Y todo visto y oído, me pregunté: ¿Estoy en otro mundo? ¿Es rea-

lidad ó magia" cuanto veo? A estas preguntas contestó mi memoria recordándome lo que yo habia leído en algun libro: á saber, que Barcelona es un pobre lugar, si la comparamos con París, con Londres y con Nueva-York.»

«¡Nueva-York! con calles rectas cuyos términos se pierden de vista; con casas que llegan á tener hasta diez pisos; con trenes rápidos por los aires, por el suelo y por debajo del suelo: con un comercio, unas industrias y unos capitales que no podrian realizar ni diez Barcelonas juntas. ¡París! el emporio de la ciencia, del buen gusto, de la vida agradable; la que abastece de libros baratos á todo el mundo; la que legisla en modas y costumbres. ¡Londres! la ciudad mas grande del mundo, la mas comercial; la que lanza al mar miles de naves; la que se divide en varios municipios, cada uno con su ayuntamiento, porque uno solo no podría administrar población tan grande. Estas si que son ciudades. En ellas si que se ha hecho poderoso el hombre. En ellas si que realiza maravillas, aventajando á la naturaleza en obras y productos.»

«Sin embargo, me basta Barcelona, decía Juan Hurtado. Sería una dicha para mí

vivir en esta hermosa ciudad. ¡El puerto, el tráfico, el lujo, el Liceo, las calles, el gentío! ¡Que animación y qué plenitud de vida! ¡Qué hermoso es todo! ¡Qué encantador!



## LA ALDEA

A los tres meses de haber regresado Juan Hurtado de Barcelona, recibió en su casa á una familia procedente de Madrid. Los médicos echaron á esta familia al campo, como único medio de salvar de la anemia á la hermosa Matilde, la hija mayor, de 17 años. Los dos niños, Manuel de 11 años, y Saturnino de 8, no venían anémicos, pero lo parecían por lo pálidos y endebles.

La aldea estaba en la falda de una sierra, de la cual recibía dos manantiales de agua cristalina. Uno de ellos era propiedad de Juan Hurtado. Con él regaba su huerta es-

calonada de nueve hectáreas, su huerto de ochocientos frutales, y el bonito jardín de la casa.

Para los niños todo esto (jardín, huerto, campo, montaña y manantiales) fué mas sorprendente y grato, que lo había sido para Juan Hurtado la ciudad de Barcelona. Sus organismos embebían la luz natural; sus pechos respiraban con alegría aquel aire puro y embalsamado; triscaban con el cabrito, jugaban con el perro, se tendían sobre la yerba del prado, y se mojaban con el agua del manantial. ¡Que placer tan grande era para ellos coger la fruta con la propia mano; y qué fiesta tan alegre subir á la montaña y abrazarse á los pinos! Trepaban á lo alto de un peñasco, y desde allí gritaban con todas sus fuerzas. ¿A quién dirigían estos gritos? Al espacio, al horizonte, á la tierra y al cielo. Eran aquellos gritos explosiones de alegría, y como una acción de gracias dirigida á la naturaleza por los dones de salud y vida que de ella recibían.

En tres meses la joven Matilde recobró su salud. Los ojos se le volvieron brillantes de muy apagados que los traía; las mejillas parecían dos rosas alejandrinas, rojos los labios, alegre el semblante y vivos

los movimientos. ¡Vaya una transformación!—¿Y los niños? La vida de Madrid los tenía mústios y abatidos. Allí, pacientes y tristes, desfallecían bajo la agresión continua de un aire malsano, de una alimentación falsificada y de unos hábitos contrarios á la salud. Pero en la aldea, bañados en luz solar y en ambiente de vida, gozando de espacio y libertad para correr y saltar, los niños se pusieron gordos, colorados y ágiles, hasta el extremo de parecer otros muy distintos de los que vinieron de Madrid.

«Volvámonos á la Corte», dijeron los padres, y los niños se affigieron.

¿Pues qué quereis? les preguntaron; y ellos se apresuraron á contestar: No nos gusta Madrid. Es mucho mejor el campo

Contestaron así los nervios, la sangre, los pulmones de aquellas dos criaturas. Es decir, contestó con ellos la naturaleza, que sabe más que el hombre. Los niños acertaron; preferían lo mejor. ¿Quién duda de que es mejor el aire del campo que el de la ciudad? ¿Y mejor la luz del sol que la del gas y la electricidad? ¿Cómo no habian de preferir ellos aquella anchura del valle á la estrechez de las calles y aun de las plazas? ¿Cómo no les había de gustar mas

el vestido suelto, àmplio, que no el estrecho y oprimente que llevaban en Madrid? Tenían en la aldea espacio y libertad para triscar, agua tomada en su nacimiento, fruta sazónada en su árbol, leche obtenida directamente de la ubre, el pan de trigo, frescos los huevos, todo original y puro, de mano de la naturaleza, que no comercia ni falsifica.



## EL PROBLEMA

Aquella familia se fué de la aldea, dejando los niños en la mente de Juan Hurtado este problema: «¿Dónde se vive mejor, en el campo ó en la ciudad?» Los niños lo habían resuelto dando la preferencia al campo, y Hurtado lo tenía resuelto de antemano optando por la ciudad, sobre todo por Barcelona. «¿Quién tendrá razón?» pensaba Juan. El caso es que aquella familia

vino de Madrid hecha una ruina en su salud, y en la aldea todos se restablecieron, y aún se pusieron gordos y colorados. El hecho era una prueba clara y terminante en favor de la resolución que al problema daban los niños.

Juan empezó á dudar. Una tarde, en la era de trillar, ante el pez de trigo limpio y dorado, se le ocurrieron estos pensamientos: «La verdad es que entre todas las fábricas del mundo no sabrían hacer ni un solo grano de trigo. Lo efectivo es este grano de trigo, y el aceite y los ganados, en fin, los frutos que producen los campos. Lo que producen las industrias no es tan necesario; sin ello pudiéramos vivir.»

Y una mañana que Juan Hurtado estaba en lo mas alto del monte, vió aparecer la alborada en oriente, esa blanca claridad que anuncia el dia y pone término á la noche; detrás la aurora con su manto imperial de oro y púrpura que va extendiendo por el cielo; luego los primeros rayos solares saludados por las aves y los insectos, por la vida universal que bulle en la superficie de la tierra; por fin el gran luminar con su disco de fuego, que en este momento se deja mirar para que lo contemplemos. Brillaron los montes leja-



nos, resplandecieron las aguas, se colorearon lujosamente los valles, y empezó la obra, interrumpida durante la noche, de crecer las plantas, teñirse las flores, granar los frutos, madurar las cosechas.

Ante este espectáculo, el mas esplendente y bello que nos ofrece la naturaleza, Juan Hurtado se dió por vencido, y exclamó: «Luces de gas y focos eléctricos de Barcelona, no servis más que para iluminar aquellas zanjas que se llaman calles y aquellas jáulas que se llaman palacios. Para iluminar valles, llanuras y montañas; para iluminar el cielo y la tierra, no hay mas que el sol, esa inmensa antorcha encendida por Dios, y que está ardiendo sin apagarse mas de cien y cien siglos».

A esta exclamacion de Juan Hurtado hay que añadir algunas consideraciones muy tristes. En las grandes poblaciones bajo el aspecto deslumbrador del lujo, la riqueza y la abundancia, hay una gran masa de gente que vive en la miseria y se muere de hambre. Allí son los hospitales repletos de enfermos pobres; allí los asilos atestados de niños expósitos y huérfanos; allí los miles de personas que sonrien en la calle, y lloran amargamente en el hogar; allí las

gentes que llevan flamante el vestido, y desgarrado ó podrido el corazón.

Y sin embargo, las grandes poblaciones, si son centros de miserias humanas, son también centros del saber, del progreso, del comercio, de las artes, de la actividad y grandeza del espíritu. Reconozcamos que en la naturaleza, como obra de Dios, todo es bello, fecundo, portentoso y bueno; en las grandes poblaciones, como obra del hombre, hay mucho que admirar, pero también hay mucho que lamentar. Son una mezcla de bien y de mal, que nos obliga á reconocer nuestra insuficiencia, á ser humildes y no soberbios, y á pensar constantemente en fomentar lo bueno y en combatir lo malo y miserable que hay en la sociedad.



## LA CABAÑA

Era una tarde de los últimos días de Abril. El maestro y quince de sus disci-

pulos regresaban del paseo escolar. Bajaban de un monte, donde estudiaron la formación del humus, de los torrentes, de los tarquines, y también explicaron como las lluvias van limando las sierras y arrastrando á los valles sus limaduras de tierra y arena.

En la falda del monte y á pocos pasos del camino que seguían, encontraron una cabaña pobre y pequeña; pero bañada por el sol poniente y saturada de ambiente embalsamado. A la puerta estaban sentados un niño y un anciano. El maestro se paró, y habló de esta manera á sus discípulos.

«El sol sale para estas pobres gentes mucho más que para los habitantes de los palacios. No penetra en aquellos salones sino mucho después de haber salido, y nunca por entero, porque lo impiden las maderas cerradas, las colgaduras y los aderezos. Pero aquí en esta pobre choza entra así que sale, y no la abandona hasta que se hunde en el ocaso, tras la alta sierra que se levanta en el término del horizonte.

El aire más puro y que da más vida es el de las montañas, y este aire no llega nunca á los palacios, y en cambio no falta jamás en las chozas. Aquellos que viven en palacios tienen dinero para iluminar sus

salones con lámparas, y calentarlos con estufas en que arde el carbón. Pero mirad como Dios envia á estos pobres una luz más hermosa y un calor mas saludable. el sol, la gran lámpara que ilumina el cielo, la inmensa estufa que calienta toda la tierra. Miserable obra hecha por mano del hombre aquellas lámparas y aquellas estufas de los palacios; y grandiosa obra la del sol!, la estufa y la luz que Dios con todo su poder ha hecho para regalo de los pobres!

No sabemos apreciar los bienes en su verdadero valor. Si supiéramos ¿como habriamos de llamar pobre ó desgraciado al que tiene el sol para alumbrarse, y rico ó feliz al que se alumbra con luces de gas? ¿Cómo habriamos de preferir los perfumes encerrados en frascos, á estos que ahora estamos aspirando exhalados por todos los tomillos, romeros y pinos de la montaña? Los jardines y parques no valen nada comparados con estos bosques y estas alfombras que aqui ha tendido la naturaleza por todas partes, en las lomas y en los barrancos, en los valles y en las cumbres. Grandiosa es esta que vemos de tres leguas de larga y dos de ancha, con flores de mil colores y verdes de tonos mil, alfombra viva, en que revolotean los insec-

tos y los pájaros cantan, y suspira el viento y mana el agua debajo de las rocas.

Hijos míos, ahora mismo estamos apartados del mundo y cerca de Dios; porque nos encontramos en medio de su obra, la tierra y el cielo, en la base de esta fábrica de sus manos, la montaña con su altura, su grandeza, su majestad y sus misterios. Esto que os estoy diciendo es adorar a Dios, es hacer una oración.

Hermosas son las ciudades y admirables las humanas industrias; pero más hermosos son los valles, los campos y los montes, y más admirables los productos de la naturaleza. ¿Cuándo podrá el hombre hacer ni un grano de trigo, ni un ala de pájaro, ni una abeja ni una flor? ¿Cuándo ha de valer el palacio del rico lo que vale esta vega que tiene montañas por muros y por techo un cielo en que nacen todos los días el sol, la luna y las estrellas? Estimemos las obras del hombre como hechas por el hombre; pero estimemos las obras de Dios como por Dios producidas.



## LA PATRIA

¿Qué es la patria? preguntó un niño á su padre, paseando por el campo.

El padre le contestó: La patria para nosotros es esta tierra llamada España, en la que hemos nacido, y en la que serán depositados nuestros huesos cuando muramos. Es tierra que nos alimenta á todos, que nos sostiene la vida con sus frutos. Cuanto produce es para nosotros. En este concepto somos hijos suyos. Ella está regada con la sangre de nuestros héroes y nuestros mártires. Forman parte de ella los sepulcros de nuestros mayores, los templos de nuestra religión y los monumentos de nuestras glorias.

La patria es el presente que Dios nos hizo al distribuir la tierra entre los hombres. Por eso se funden en uno solo el sentimiento de la patria y el de la religión, y por eso es invencible el pueblo que para defender su patria toma el nombre de Dios. Pelean entonces los hombres como soldados

del Todopoderoso. Se vuelve así tan esforzado su ánimo, que no hay en el mundo nada que pueda abatirlo.

Esta tierra que es nuestra patria, lleva como embebido el trabajo de todas las generaciones de nuestra raza. En ella está el trabajo de tu padre, el del mio, el de todos nuestros ascendientes. Los árboles que tienes delante de tí fueron plantados por tu abuelo. Los que están más allá fueron plantados por el mio. Las obras de riego que ves cuentan ya más de doscientos años. Uno de nuestros ascendientes las hizo, y los demás hasta nosotros las han conservado con repetidos trabajos de reparación.

A la patria va asociado nuestro hermoso idioma. De ella son nuestras leyes y nuestra civilización. Ella nos ha hecho el carácter y nos ha educado el espíritu. Por ella nos unimos todos los españoles en una sola familia con intereses y aspiraciones comunes. Nos amamos entre nosotros y nos defendemos mutuamente, porque tenemos una misma patria.

El proscrito vive lejos de su patria. Le está prohibido venir á ella, y esto es una pena muy grande para él. Suspira á toda hora por su patria, la sueña todas las no-

ches; mira sin cesar al lado del mundo por donde ella está, y sólo le consuela la esperanza de que algún día ha de volver á verla. Si se le levanta la proscripción, se apresura á volver, y en el viaje mira con ansia á ver si descubre aunque no sea más que el pico de una montaña ó la primera señal de la costa. Por fin la ve, y el corazón le palpita. ¡Qué felicidad! Había perdido su patria y la vuelve á encontrar. Al pisar la bendita tierra por quien tanto ha suspirado, se arrodilla, la besa y llora de gozo.

Amemos á la patria; porque en ella amamos á nuestros padres y á Dios mismo; amamos las sagradas reliquias de nuestros antepasados, sus glorias, sus trabajos y sus virtudes; en ella amamos todo lo que hay de excelso y digno en la vida humana.





## NO JURAR

Vicente Velez era un joven de 22 años de edad. Con su trabajo de oficial de carpintero mantenía á su madre viuda, y á sus dos hermanas, Maria y Rosario, menores que él. Su principal era un hombre rico en su clase. Tenia cuatro hijos. Una noche se prendió fuego al taller, y del taller pasó el incendio á la casa. Los dos hijos menores del maestro, niños todavia, iban á arder en su dormitorio: no habia remedio. Nadie se atrevia á intentar el salvarlos. Vicente subió al terrado; se colgó á la canal; lanzóse al balcón; rompió las maderas; cogió los niños; los ató á la cuerda que llevaba rodeada á la cintura; y los descolgó á la calle. Todo esto fué obra de cinco minutos. Cuando Vicente puso doble la cuerda para atarla al balcón y descender por ella, empezó á arderle la ropa. Bajó pues ardiendo ya; pero se salvó; las quemaduras no fueron mortales.

La multitud le hizo una ovación. En los

días que duró su curación, el pueblo entero le visitó, y en todas partes no se hablaba más que de su hazaña. «Cómo no se rompió la canal, que era de barro? (se preguntaban todos). ¿Cómo atinó á caer en el balcón? ¿Cómo de un solo esfuerzo rompió las maderas? ¿Cómo no se hizo un carbón antes de llegar al suelo, si bajaba entre llamas?» Y las gentes añadían mil comentarios y mil alabanzas, que honraban al joven Vicente cual él se merecía.

¿Y el maestro qué hizo? Le dió, para habitarla gratuitamente, una casita de su propiedad que producía dos reales diarios, y le subió el jornal otros dos, amén de haber pagado todos los gastos de su curación.

Vicente se mostraba muy agradecido á estos beneficios, aunque bien los habia ganado con su acción heroica, salvando á los niños de una muerte segura y horrosa.

\* \* \*

Apenas habian pasado dos años cuando el maestro carpintero, en presencia de Vicente y de otras personas, injurió gravemente á un vecino honrado, á consecuencia de una trabacuenta. El injuriado se querelló ante el Juez. El maestro carpintero ten-

dria que sufrir una condena, si los testigos declaraban la verdad. Se dió prisa y maña para ganarse á algunos de estos. A Vicente lo contaba como seguro sin necesidad de hablarle. ¿No recibia diariamente de él un gran beneficio: casa gratuita y dos reales más de jornal? ¿Y no valia esto mucho más que negar los hechos ante el Juez? ¿Acaso cuesta mayor trabajo decir en el juicio que no que decir que si? De este modo pensaba el maestro, y por eso no dijo nada sobre el asunto á Vicente hasta la víspera,

—Oye, Vicente (fueron sus palabras) mañana declararás ante el Juez que es falso cuanto alega contra mi el querellante, y que las injurias que dice que yo le inferí, fué él quien me las infirió á mí. ¿Estamos conformes?

Vicente se puso pálido, mudo y abatido. Sombra densa de pesar cubrió su rostro. Bien se veia que estaba torturado su corazón. El maestro receló por estos indicios, y le preguntó: ¿Es que no quieres servirme? ¿Es que vas á hacer que por tu declaración me condene el Juez? Porque has de saber que desde que hiciste aquella heroicidad, tienes una gran reputación, y eres testigo de mayor excepción. El Juez te creerá á ti más que á los demás.

—Vicente se puso mas pálido, echó á temblar, y con dos lágrimas en los ojos dijo: «Maestro de mi alma, el segundo no jurar en falso. Esto me manda Dios. ¿A quién sirvo, á Dios ó á V.?»

El maestro se apresuró á contestarle. «Y el tercero hacer que condenen á un destierro á tu bienhechor. ¿No es eso? Vamos, no seas necio; tu deber es declarar en favor mio.

—No puedo, contestó Vicente sumido en grande aflicción. Yo no juro en falso.

—Pues te pesará. Piénsalo bien. Hasta mañana.

\* \* \*

Al dia siguiente el Juez pidió á Vicente el juramento que los jueces piden á los testigos. Vicente juró decir verdad, y la dijo con tanta firmeza como pena. Tras de la última palabra de su declaración cayó al suelo desplomado. Una convulsión epiléptica siguió á la caída. Al salir de ella, y entrar de nuevo á vivir lo primero que dijo fué: «El segundo no jurar en falso».

\* \* \*

Vicente fué despedido de la casita y del taller. Quedó, pues, sin destino y sin

hogar. Pero su brillante reputación se consolidó.

Los comentarios que de lo sucedido se hacían le honraban sobre toda ponderación. Hasta las personas más encumbradas le miraban con gran veneración. En cambio censuraban con dureza al maestro carpintero, el padre de los niños salvados del fuego, porque le había despedido del taller y de la casa. ¿Y por qué? Porque no se había prestado á una infamia, á un perjurio con daño de tercero. También criticaban mucho el mal proceder de dos testigos que declararon en falso.

«Vicente ha dado un gran ejemplo en este pueblo», decía el Juez en todas partes, y repetían los de la tertulia de la botica, y los de la del Sr. Cura. «Vicente es un modelo, que es necesario recomendar á los hombres para que lo imiten. Aprendan en él los ricos y los pobres, los jóvenes y los viejos.»

Por sentencia del Juez el maestro carpintero fué condenado á la pena de siete meses de destierro. La víspera de salir á cumplir esta condena, el querellante llamó á Vicente, y le dijo: Sé que has quedado sin jornal y sin casa. Toma el jornal de una quincena, y por lo pronto

vente á vivir á los bajos de mi casa, que no me hacen falta.

Vicente contestó: Doy á V. un millón de gracias; pero le ruego me permita no hacer uso de su obsequio, porque en verdad no lo necesito. Mi madre tiene ahorrados 80 duros, con lo cual tenemos para pasarlo bien algunos meses. Otro favor más grande es el que voy á solicitar de V.

—¿Cuáles es?

—Que perdone V. á mi maestro la pena que el Tribunal le ha impuesto. Sentiria mucho que tuviera que ir al destierro.

—¿Cómo me pides eso, tú, que tambien debes estar ofendido con él?

—Señor, permítame recordarle unas palabras que repetimos todos los dias: «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores». Por estas palabras nos promete Dios perdonarnos cuanto perdonemos nosotros. De manera que al pedirle el perdón para mi maestro, lo que hago es ofrecerle el que Dios ha de dar V.

—¿Pero qué satisfaccion me ha dado él?

—Se la ha dado á V. el Tribunal que es más que si él se la hubiera dado. ¡Es tan dulce y tan honrado perdonar! Si ahora mismo realiza V. tan noble

acto, mañana me dará V. las gracias. En fin, no saldré de esta casa sin el perdón que pido. ¿Quiere V. que se lo pida de rodillas?

Y al hacer el ademán de arrodillarse, le detuvo el dueño de la casa, y le dijo.

—Basta. Solo tú podías comprometerme á otorgar este perdón. Está concedido. Ve y dale la noticia á tu maestro.

—Mil gracias, dijo enternecido el heróico jóven, besándole las manos.

Después añadió: No sea yo quien le lleve la noticia, porque podrá sentirse humillado. Mas vale que dé V. esta comisión al Sr. Cura, que es persona á quien mi maestro estima y considera. Ruego á V. además otra cosa, y es que nadie sepa que este perdón ha sido otorgado por mis súplicas.

Todo sucedió como Vicente pedia menos esto último. Es decir que todo el pueblo acabó por saber que fué Vicente quien consiguió este indulto de la pena de siete meses de destierro á que había sido condenado su maestro. La gente toda alababa la fé, el valor y la generosidad de aquel joven de escasa instrucción, pero de un corazón magnánimo.

La sociedad le premió, porque los pobres le tributaban toda clase de respetos, y los

ricos, confiados en su virtud, le encargaron obras en que ganó bastante dinero. Al cabo de cinco años tuvo casa propia y un buen taller, en que trabajaban tres oficiales y dos aprendices. Pero ¿qué valía este premio para el que Dios le reservaba por sus virtudes y sus acciones? Aquel *no jurar en falso* que él pronunció en el juicio y antes del juicio satisfizo á Dios. De él diría como de David penitente y fiel: *asi me gusta que sea el hombre.*



## EL DESTINO

A las seis de la tarde enterraron al padre. A las doce de la noche quedaron solos en la casa el hijo huérfano y la esposa viuda. Él, de 14 años; ella de 32. Se abrazaron en su desgracia, y lloraron sin consuelo. Era la primera noche que les faltaba el padre y el esposo. Pasaron dos ó tres horas abrazados, vertiendo á raudales el llanto, y lanzando gemidos que eran pedazos del alma. La luz moribunda de una lamparilla espiró al fin, y se quedaron envueltos en



densas tinieblas. Ni siquiera lo notaron, y es que estaban sumidos en tinieblas mas densas, las tinieblas de su dolor y de su mortal angustia. En aquel abrazo y en aquel llanto los encontró el dia, sin haber tomado alimento, sin haber probado el sueño. Era el 29 de Abril. Triste es la noche para los que lloran, pero mas triste es el dia, sobre todo en primavera, cuando en la naturaleza todo es vida, alegria y amor. La luz, tan resplandeciente en esta época del año, no alumbrá á los afligidos, más bien ofende y hiere sus ojos y su alma. La tierra se viste de flores, cantan los pájaros junto á sus nidos, juguetean en el aire las mariposas, los campos presentan sus cosechas. Todo esto, que tanto alegra á todo el mundo, solo sirve de mayor tormento para los que acaban de perder el ser mas querido. ¡Qué alegres estaban el cielo y la tierra el dia 29 de Abril! ¡Qué inconsolables estaban la madre y el hijo, en aquel cuarto donde habia espirado Juan Benitez! Este era el padre.

Cuando ya habian pasado tres meses, aun lloraban todas las noches al acostarse, y volvian á llorar todas las mañanas al aparecer la luz del dia. Saludaban al sol con ayes y lágrimas, mientras la natura-

leza seguía saludándolo con cantos de pájaros, céfiros de oriente y perfumes de flores.

Pasaron tres meses más, y estaban muy enflaquecidos. No solamente la pena, sino además el hambre, los iba estenuando. Muerto el padre, ya no había quien trajera á la casa el sustento diario. Comieron algunos días de los pequeños ahorros que había hecho la madre. Vendieron después poco á poco las ropas, y por último los muebles. El muchacho, digamos ya su nombre, se llamaba Pascual Benitez y Serna, no tenía oficio; pues el padre por amor á él, no había querido ponerlo á trabajar en temprana edad. El pobre, desde que era huérfano, iba á la estación—por el pueblo pasaba la vía—y se ofrecía á los viajeros para mover y trasportar los bultos. Hubo días que ganó dos reales; pero hubo semanas que no ganó nada.

¡Pobre Pascual! El mismo día que cumplió los 15 años, fueron arrojados de la casa él y su madre por falta en el pago del alquiler. Los arrojó el dueño, que era otro huérfano como Pascual, pero de 22 años de edad, y rico, con una legitima de 80.000 duros.

—Señorito, le decía Pascual llorando;

haga V. de mí lo que quiera; pero deje á mi pobre madre un rinconcito donde pueda tender su jergón y pasar la noche al abrigo del relente y del frio. Yo á la calle, porque soy fuerte; pero mi madre está muy quebrantada, y de seguro morirá, si V. no se apiada.

—No puede ser, contestó el dueño. Yo vivo de mis rentas. Si no las cobro, estaré tan perdido como tú. A la calle.

Y dijo estas últimas palabras empujando hácia afuera al pobre Pascual.

—Señor, de rodillas se lo pido. Yo me iré á donde V. quiera, pero deje aquí á mi pobre madre.

No hubo remedio; la madre y el hijo fueron á la calle. Allí, tras de la puerta cerrada con ímpetu por el dueño, quedó la estancia en que habia espirado el buen padre, y donde hacian oración su esposa y su hijo todas las noches. Ya no les fué permitido entrar en ella, donde aun les parecia sentir el último beso que les dió, y recibir aquella última mirada con que se despidió de ellos.

Pero véase lo que son los designios de la Providencia y los misterios de la suerte.

Han transcurrido 25 años. Es el 10 de Enero de 1889, y el huérfano Pascual es dueño de una gran fábrica de masáicos y mármoles artificiales. Sus obras se expenden en mas de 50 poblaciones de importancia. El balance que acaba de hacerse ha dado una ganancia de 13.000 duros en el año. Está casado. Tiene tres hijos que son una bendición de Dios, y una hija que parece un sol por lo hermosa.

Envia á su madre 2.000 reales mensuales. Ella no gasta más que cuatrocientos, y guarda lo demás. Mientras tanto el otro huérfano, el rico, el que los habia echado á la calle, estaba completamente arruinado. El juego, los vicios y los caprichos acabaron con toda su fortuna, sin que de ella recibiera ningún pobre, ninguna viuda, ningún huérfano ni una moneda, ni un harapo, ni un bocado de pan. Sólo le quedaban su casa solariega y aquella casita en que falleció el padre de Pascual. Esta permanecia cerrada desde aquel día en que el rico echó á la calle á los pobres. Nadie se atrevia á ocuparla, porque era creencia común que alli moraba el espíritu del difunto, para protestar en nombre de Dios con ayes lastimeros de aquella barbarie y crueldad con que fueron tratados

su buena esposa y su inocente hijo. Decían muchas mujeres y aun algunos hombres, que al pasar por allí de noche, habían oído los sentidos ayes, y de ello certificaban los moradores de las casas contiguas. No era cierto, pero debió serlo. La imaginación del pueblo, creando la fábula, pedía que lo fuera; y ya que no lo era, lo suponía como una satisfacción á la más sublime virtud llamada caridad.

La casa solariega se vendió por los acreedores en pública subasta. La compró con sus ahorros la madre de Pascual. Así que éste lo supo, fué al pueblo. Al ponerse delante del rico arruinado, verdugo de su madre y de él 25 años atrás, el rico, pobre ahora, echó á llorar. Estaban en la casa vendida. Pascual le dijo:

—No llore V.; no lo echo de esta casa, al contrario, se la deajo en propiedad, si usted quiere; porque se la cámbio por aquella tan mezquina y pobre en que murió mi padre.

Redobló el llanto el rico arruinado, y entre sollozos dijo: Tome V. las dos. Esta es suya. Aquella se la regalo. Y V. perdone. Perdone aquello.

—No, contestó Pascual. Aquella casa

vale para mí mucho más que esta: mi fortuna, mi vida. Todo esto doy por ella.

El *rico* no se atrevía á mirarlo. Salió rápidamente, volvió á entrar, y le entregó la llave, la de la casa ruin.

Pascual se la arrebató al verla, y se puso convulso, con la convulsión que puede dar el ver satisfecha una ansiedad de 25 años. Al salir precipitadamente, echó sobre una mesa su cartera. «Por exceso de valor», dijo, y desapareció por la escalera á todo correr.—La cartera llevaba en billetes de Banco 12.000 pesetas.

Eran las cinco de la tarde, una tarde de Abril como aquella en que se verificó el entierro del esposo y padre. La madre y el hijo entraron en la casa, recinto sagrado que habia sido santificado por la muerte de un hombre bueno, y por las oraciones de los que más le amaban en la tierra. Penetraron en una habitación, y los dos á la vez dijeron: «Aquí murió». Él: «¡Padre mio!» Ella: «¡Esposo de mi alma!» Y cayeron de rodillas, y se abrazaron como 26 años antes en aquellas noches de soledad; y volvieron á llorar como entonces, y á

echarlo de menos, y á sentir la falta en sus corazones.

No querian salir de alli; pero los parientes y vecinos los sacaron cuando la noche empezaba á reinar. Al poner el pié en la calle, vieron que alli había más de cien personas atraídas por el suceso. «Señores, dijo Pascual, no volverá á suceder en este pueblo que una viuda pobre y un niño huérfano sean arrojados á la calle en una noche de frio. Yo, Pascual Benitez y Serna, pagaré el alquiler á toda la que se halle amenazada de esa desgracia. Sean todos Vds. testigos de esta obligación que contraigo. Ante Dios, ante el alma de mi padre.

En aquel momento las campanas daban el toque de oraciones, y Pascual, quitándose el sombrero, rezó las ave-marias acompañado por la multitud. Buen testimonio tuvo aquella oferta generosa, y magnífico sello puso Pascual á aquellas honras sencillas, pero muy augustas, que en aquel dia hizo por el alma de su padre, á los 26 años de su entierro.

Aprendan en este modelo los jóvenes y los niños á fomentar en sus almas la piedad filial; y aprendan tambien en él á confiar en la Providencia divina cuando se vean abatidos y pobres. Aprendan los ricos en

el ejemplo del otro á no ser crueles con los desgraciados, y á pensar que la desgracia tambien puede caer sobre ellos cuando menos la esperen.



### DEL DIARIO DE UN MAESTRO

Pedro Martinez Perez de 17 años de edad, natural de Calasparra, y Francisco Alonso Alcolea, de 3 años de edad, natural de Chinchilla son dos amigos intimos. Son mucho más; el de tres años es huérfano, está solo en el mundo; el de 17 lo ha levantado en sus brazos, lo ha estrechado contra su corazón, y le ha dicho con el alma conmovida: yo seré tu padre y tu madre, tu hermano, tu amparo, todo. El pequeñito, rodándole aun por sus mejillas el llanto de la orfandad, lo ha mirado con dulce



confianza, y le ha contestado con una sonrisa de ángel. Después sus manitas sobre la cara de Perez, como dos rosas del cielo; otra sonrisa dulcísima, un beso y muchos besos. Que venga un génio y pinte este cuadro; que un poeta describa el tierno idilio que empieza entre este noble y sencillo adulto y este infante desgraciado sin padres y sin parientes en el mundo.

Cuando veo al pequeño en brazos del grande, siento en mi alma la presencia de un espectáculo más hermoso que la salida del sol, que la noche estrellada, que los campos vistiéndose de flores. Más brillante que el sol es el espíritu que ama. De la creación lo más solemne y augusto es el amor puro y generoso. Ni las estrellas ni las flores son chispas tan vívidas y lucientes como los besos y las sonrisas de los que se quíeren. Y es que estos sentimientos son irradiaciones del espíritu, que significa y vale más en la obra de la creación, por su naturaleza, por sus dotes, por su destino, que toda esa materia distribuida en nebulosas, y las nebulosas, en estrellas, y las estrellas en sistemas de mundos; materia y nada más; y no siendo más que materia ¿no da al fin lo mismo que sea poca ó que sea mucha? Distribuida ó conti-

nua, ella es un solo ser, inerte, de leyes fatales, sin actos, sin pensamiento, sin amor, sin gloria, sin inmortalidad propiamente, porque no puede ser inmortal lo que siempre está muerto. Si, toda esa materia está muerta como los huesos de un esqueleto, como la sangre de un cadáver. La vida independiente, individual, del ser y no del todo, es sólo la vida del espíritu.

Perez sabe leer en cualquier libro y escribir cartas por ejemplo. Las escribe con frecuencia. Perez resuelve problemas de aritmética, recuerda pasajes de la Sagrada Escritura, y ha entendido lecciones del catecismo. Yo le he enseñado lo que sabe; yo le he educado, porque suelo atender con más vocación á educar que á instruir meramente. Me pregunto con efusión: En estos sentimientos, tan nobles y encantadores ¿qué parte tendré yo? ¿Cuánto habré yo contribuido á ello? Presento á los niños de mi escuela este padre adoptivo, espontáneo, generoso, y lo ofrezco como un ejemplo que enseña y casi evangeliza á mis discípulos. Todos ellos aman al desgraciado movidos por este ejemplo tan edificante, tan seductor debemos decir.

«Para esto vivimos en sociedad y somos hijos de Dios, para que el fuerte, levante al

débil del suelo, y lo sostenga en sus brazos con amor. Perez es un apóstol de la caridad, apóstol en las obras. El dà al niño su pan, su lecho, sus brazos, su corazón. «Amaré á Perez toda mi vida», dije ante mis discípulos, y tomé de sus brazos al pequeño para tenerlo en los míos. Yo lo besé en ambas mejillas hermosamente sonrosadas, miré con satisfacción sus ojos rebosantes de alegría, y le dí algunas monedas para que se regalara con ellas. Todos mis discípulos se agitaron interiormente; todos vinieron á besar al niño y á darle de cuanto tenían. Estoy satisfecho. Hoy me ha premiado Dios.



## LOS EXÁMENES

Empezaron los exámenes. La Junta local los presidia; pero además ocupaban sitios de preferencia el ex-alcalde, el presidente del casino, dos médicos, D. César, venido de Filipinas con mucho dinero y deseos de servir á su pueblo, y algunos señores más.

El salon era espacioso, el de sesiones del Ayuntamiento. Algunos padres y algunos

curiosos estaban mezclados con los niños. Otros habían tomado en grupos las dos pequeñas puertas laterales al dosel y mesa presidencial. El decorado era el de las grandes solemnidades.

¡Qué encanto! los pequeños escolares vestidos de gala contestaban con soltura y acierto á todas las preguntas del programa. El Sr. Cura estaba muy gozoso, los demás señores atentos y con interés creciente: los padres muy agitados al empezar sus hijos á hablar; después orgullosos y enternecidos. Era el primer exámen de niños que presenciaba aquel pueblo, y de este exámen era la primera escuela la del maestro más jóven, el cual á la vista de los efectos que el acto estaba produciendo en el ánimo de todos, pensaba con orgullo: «*Esta es mi magia, ¡qué bien me sale! Animo, muchachos, me estais ganando una gran batalla. Os apoderais de las voluntades, y me las entregais*».

Se concluyó el exámen reducido á veinte niños presentados. «Bravo, señor Maestro, muy bien, magnífico, no se puede pedir más:» tales eran los plácemes que salían de todos los corazones. «Señores, aun falta un poco», dijo el profesor, y se reposaron los concurrentes.

—Ahora pregunto yo. Alonso ¿cual es la última acción buena que has ejecutado?

—Dar la única moneda que tenía á un pobre ciego.

—¿Quien te premiará esa buena acción?

—Dios, que siempre premia tarde ó temprano todo lo bueno que hacemos.

—¿Como sabes eso?

—Dios es muy bueno y ha de amar á los buenos. Amándolos querrá para ellos la dicha, y se las dará porque todo lo puede.

—¿Qué promesa tienes?

—En el dia del juicio dirá Jesucristo á los que dieron limosna: «Venid al cielo que yo guardaba para vosotros, porque me disteis limosna, pues cada vez que la habeis dado á un pobre á mi me la habeis dado».

—¿Después de Dios ¿quien es más bueno para tí?

—Mi padre.

—¿Que ambicionas?

—Ser buen hijo. Y miró á su padre, que estaba á un lado ¿Como fué aquella mirada, que conmovió al público y arrancó dos lágrimas al padre?

—Despídete de estos señores.

Besó la mano al Sr. Cura, hizo profunda

reverencia al Presidente y dos menos expresivas á ambos lados.

—

—Anselmo, ¿cual es tu última mala acción?

—No fuí á misa en dia festivo, y engañé á mi madre diciéndole que había ido.

—Dos pecados.

—Sí, uno contra el primer mandamiento de la Iglesia, y otro contra el octavo de la ley de Dios.

—¿Quien te castigará?

—Dios, si yo mismo no me castigo.

—¿Te has castigado?

—Si; he oido tres misas, y he pedido perdón á mi madre confesándole la verdad.

—¿Quien te ha inducido á ello?

—Vd.

—¿Que deseas ser?

—Ante todo buen cristiano. Y se despidió en la misma forma que Anselmo.

El Sr. Cura no podía ya contenerse. Los demás estaban embelesados.

—

—Mauricio ¿has perdonado alguna vez?

—Hace tres dias perdoné á un hermano mio que mintió en contra mia.

—¿Te has vengado alguna vez?

—Otro dia á ese mismo hermano le ara-

ñé la cara, porque al pasar yo por delante de él, me puso el pié para que cayera.

—¿Y que efectos experimentaste una y otra vez?

—La venganza gusta en el primer instante, pero el disgusto que deja es para siempre. Al revés el perdón, al pronto repugna, pero luego da mucho placer.

—¿Qué ambicionas?

—Imitar en el perdón á nuestro Redentor.

—

—Benito ¿te gusta aun pelearse con los otros niños?

—No señor. Es mejor no pelearse.

—¿Por qué?

—Porque de pelearse no saca uno más que golpes, castigos y disgustos.

—¿Y por qué más?

—Porque Dios prohíbe esas peleas, lo mismo mi padre, mi madre y V. Yo debo dar gusto á Dios y á Vds.

—Eso de pelearse el hombre con el hombre ¿es valor?

—No, señor, es ferocidad. Así se pelean las fieras y demás animales.

—¿Cuales son las peleas ó las luchas que el hombre debe acometer?

—Con el mar, con la tierra, en las minas, en todo trabajo.

—¿Y el estudio?

—Es una de las luchas más buenas.

—Agustín ¿y la guerra no es una pelea bárbara, feroz?

—Si señor, pero si ahora vinieran contra España muchos soldados así como vinieron los godos, y después los moros, y luego los franceses ¿qué habíamos de hacer nosotros?

—De modo que la guerra es.....

—Bárbara en los que acometen sin razón, y buena en los que se defienden.

—Estos últimos hacen mucho más que defenderse á sí mismos.

—Defienden á los demás, defienden su pátria, defienden la razón y la justicia. Por eso son héroes ó mártires.

Alberto ¿te acuerdas de aquel dia que entraste llorando en la escuela?

—Si, señor.

—Cuenta porqué llorabas y lo que sucedió.

—Lloraba, porque se habia muerto mi amigo Damián, y yo lo queria mucho.

—¿Era alumno de nuestra escuela Damián?

—No, señor; pero tenia amigos en ella.



—¿Quién eran?

—Gustavo, Benito y Leonardo.

—¿Qué hicieron?

—Llorar también.

—¿Y yo que hice?

—Nos consoló V., y á los pocos dias nos llevó al cementerio, y allí hicimos oración, y nos explicó V. de Dios y de las almas, y amamos mucho á Damián, y nos amó Damián á nosotros.

El padre de Damián estaba presente, y agradeció profundamente que aquel profesor, que no lo habia sido de su hijo ni tal vez lo habia visto nunca, visitáse su tumba y en ella oráse en compañía de los afligidos amigos de Damián.

---

—Gabriel, arrojaste á la acequia mayor la gorra de Juan Soler?

—Si, señor. No lo volveré á hacer, porque ví después lo mala que habia sido mi acción.

—¿Quien te lo hizo ver?

—Usted.

—¿A qué venias obligado?

—A pedir perdón á los padres de Juan y á pagar la gorra, puesto que se la llevó el agua.

—¿Te perdonaron los padres de Juan?

—Si señor.

—Has pagado la gorra?

—Estoy juntando para eso. V. me guarda lo que junto. Tengo ya dos reales y una moneda.



—Teodoro ¿Que te parece la acción de Guzmán el Bueno?

—Que fué heróica.

—¿Por qué?

—Porque entre cometer una infamia y dejar que le sacrificaran á su hijo, prefirió que lo sacrificaran.

—Heróica hubiera sido la acción, si el sacrificado hubiera sido el mismo Guzmán.

—Más sacrificio fué para Guzmán que el sacrificado fuera su hijo. Todo buen padre prefiere morir él y que no sea su hijo quien muera.

—¿Y los hijos que prefieren? ¿Tú por ejemplo?

—Yo daría cien veces mi vida por salvar la de mi padre.



—Germán, ¿qué hacen todos los seres del universo?

Trabajar.

—¿Trabajan los astros?

—Mucho más que el tren, por que van muchísimo más veloces.

—El sol ¿como trabaja además?

—¡*Pues si arde* en el trabajo que se toma para calentar y alumbrar la tierra!

—¿Y la tierra?

—Siempre trabajando en criar trigo, aceite, manzanas, higos.....

—Basta. Tú trabajas ahora en aprender cosa que no te produce dinero. ¿Qué harás cuando hayas aprendido ya?

—Trabajar en cosa que dé dinero. Estoy deseando ganar mucho.

—¿Para qué?

—Para mantener á mi madre, que está hecha una negra de tanto trabajar. Y sin poder, por que está mala desde que murió mi padre.

—Y ya que otra cosa no puedes ¿la consuelas?

—Por las noches llora ella, y yo tambien lloro. (El niño no pudo seguir; la aflicción le cortó la palabra. Algo repuesto continuó con turbada voz). Yo le digo entonces: Animo, mi maestro me dice que el papá está en el cielo, y que pronto tendré una colocación donde me darán la comida y un duro todas las semanas por ahora. Me está enseñando lo que necesito para eso.

El Sr. Cura al niño: ¿Y qué dice tu madre?

—Dios se lo pague, Dios le dé el cielo; y rezamos pidiendo á Dios por el Sr. Maestro.

Continuó el interrogatorio con los niños restantes, y por fin terminó el acto. Mientras la concurrencia hacia una verdadera ovación al maestro, él formaba en dos filas á sus veinte discípulos. Al uno le tocaba la barba con cariño, al otro le daba palmaditas en la espalda, á este le arreglaba el sombrero mal ceñido, á aquel le limpiaba la manga empolvada con el yeso de la pared. Por fin partió con su hueste entre aclamaciones y enhorabuenas.



## EL CIRCO

En Roma habia dos; en muchas ciudades uno. De los de Roma, el que propia-

mente llamamos circo tenia 80.000 plazas, es decir que en él cabian 80.000 espectadores. En el otro, que llamamos anfiteatro, cabian 100.000. De nuestros edificios destinados á espectáculos, sólo las plazas de toros se parecen á aquellos circos.

Los números de las funciones eran: lucha de gladiadores entre si, lucha de gladiadores con las fieras y batallas navales.

Los gladiadores salian formados, como ahora salen los toreros; llegaban al pie del palco imperial, y saludaban al César con estas palabras: «Los que van á morir te saludan». Tenian á dicha, morir para divertir con su agonía al Emperador y al pueblo. Daban su vida por un aplauso. En cuanto al pueblo y al Emperador, se embriagaban de placer al contemplar á aquellos jóvenes fuertes y sanos, hermosos y lozanos asesarse puñaladas, y regar la arena con su sangre. La gracia estaba en no huir del puñal enemigo, en no dar la más pequeña señal de angustia ó terror, en caer al suelo con arte y morir mereciendo aplausos. Conmiseración, no. El que la hubiera solicitado, aunque sólo fuera con un ademán ó una mirada, ese no hubiera obtenido más que el desprecio y la silba.

En la lucha con las fieras se habian de producir los mismos efectos.

Para la batalla naval se inundaba el rondel. Por una puerta salia una nave; por enfrente salia otra. Se encontraban en medio, y..... al abordaje. Hacha en mano á matarse unos á otros. En algunos minutos treinta muertos: cabezas separadas del cuerpo, miembros que caian al agua, entrañas palpitantes pisoteadas sobre cubierta. Esto hacia gozar extraordinariamente á aquel pueblo insensato.

Algunas veces el Emperador concedia treinta dias seguidos de estas fiestas; y entonces el pueblo gritaba loco de entusiasmo: Viva nuestro emperador. Y lo proclamaban eterno, omnipotente y divino.

Mientras tanto, en esas tardes de circo, de ferocidad y locura, los cristianos se salian de la ciudad, se refugiaban en las catacumbas, y alli al lado de los sepulcros, invocaban á Dios y se condolian de la barbarie romana. Alli adoraban á Cristo y se instruian en su doctrina. Alli hacian votos de ser veraces, compasivos, fieles, caritativos y buenos en todas las cosas.

«Salve, cristianos. En el Circo perecia el mundo; en las catacumbas lo salvasteis vosotros».

## CRISTIANOS AL CIRCO

Cuando se oía esta voz en Roma, la multitud madrugaba para tomar sitio en el anfiteatro. Era el espectáculo que más le gustaba.

El depósito estaba lleno de cristianos. Las fieras, cebadas ya en la carne humana y hambrientos por el ayuno de tres días, estaban en la arena, rugiendo, dando vueltas, buscando la carne viva. Los cristianos las veían á través de la verja de hierro. Las estaban viendo dos ó tres horas. Esta vista hacía de agonía. Instintivamente huían al fondo del depósito, y allí se apiñaban, se abrazaban. Los más fuertes confortaban á los más débiles. «Muramos por Cristo», decía el caudillo entre ellos, y todos erguían sus cuerpos, y se aprestaban á la muerte.

De pronto por el fondo del depósito descendía una plancha de bronce hecha ascua, que llenaba la pared. Adelantaba la plancha, y con su fuego lanzaba á los cristianos hácia la verja. Se abría ésta; la plancha adelantaba sobre ellos, y los echaba afuera. Ya en la arena, las fieras los miraban; cada una elegía el suyo, y cayendo sobre él lo derribaba al suelo. La garra al pecho, se lo

levantaba de un tirón, y en sus uñas salían enredadas las entrañas.

En estas ferocidades se gozó la ciudad de Roma nada menos que por espacio de tres siglos.

Los cristianos ni á esta clase de muerte ni á otras igualmente horrorosas tenían miedo. Al contrario, por cuanto Jesucristo habia recibido el martirio, ellos se consideraban muy felices con recibirlo tambien. ¡Tanto era lo que amaban á Jesucristo! Con este amor nada de la tierra les acongojaba: ni las enfermedades, ni la pobreza, ni las injusticias, ni las adversidades. En fin, ¡no les acongojaban los tormentos más atroces y la muerte más cruenta! Fué prenda de ellos el valor más grande que ha habido en el mundo. De toda la antigüedad nadie se les aproximó en magnanimidad, sufrimiento y virtudes.

## TERTULIANO

En el siglo 2.<sup>o</sup> decia Tertuliano á los Patricios romanos: «Cuando veis que uno de vuestros siervos se ha vuelto justo y dice siempre la verdad aunque sea en contra suya, decís: *Este se ha hecho cristiano. A la cárcel con él.* Cuando veís que otro de vuestros siervos es fiel y guarda con celo



escrupuloso vuestros intereses, decis con saña: *Este se ha hecho cristiano. Al tormento.* Cuando sabeis de otro que no se ha prestado á proteger infidelidades y traiciones de vuestra propia familia, también decis que es cristiano, y lo condenais al martirio. Cuando visteis al soldado valeroso, que fué héroe en la defensa de la patria, y entró en Roma cubierto de heridas, y le ofrecisteis la corona mural en nombre de los dioses, y él la rechazó con dignidad y mansedumbre, también exclamásteis: *Es cristiano. Al Circo, á las fieras.*»



## LA VIDA

No importa vivir mucho. Lo que importa es vivir bien.

El niño aplicado y bueno pocas penas tiene que sufrir en la escuela. Al contrario, en ella goza de muchas satisfacciones. El

maestro lo quiere y lo distingue; las autoridades le dan premios en los exámenes; sus padres lo halagan y se honran con tener un hijo tan bueno; los otros niños lo respetan por su virtud y su saber. El está tranquilo y satisfecho, porque cumpliendo sus deberes, no tiene por que temer los castigos, ni las afrentas ni los desprecios. Su vida se desliza dulcemente, y adquiere la confianza de que así seguirá deslizándose mientras él sea aplicado y bueno. Esto es vivir bien.

El niño desaplicado y malo padece mucho. Va á la escuela, y el maestro tiene que castigarlo; vuelve á su casa, y tambien sus padres lo castigan muchas veces. No hay quien lo premie; no hay quien hable bien de él. Pasan los años, y no aprende casi nada. Su vida es una serie de penas y contratiempos. Su porvenir ha de ser triste y doloroso. Esto es vivir mal.

El aplicado y bueno á los tres años de asistir á la escuela, tendrá terminada su asistencia, porque ya sabrá todo lo que allí se enseña. Y esos tres años habrán sido felices para él. Siempre recordará la escuela con placer y cariño.

El desaplicado y malo á los seis años de asistir á la escuela habrá aprendido

muy poco. Si en ella lo dan de baja, será por su edad, no por su instrucción. Y como la escuela fué para él un lugar de tormento por culpa suya, siempre la recordará con tristeza y pesar.

Conque el uno pasó en la escuela tres años y el otro seis. ¿Y que vale más? ¿los tres años del uno ó los seis del otro? Los tres, que son la mitad del tiempo del otro. Resulta pues que no es mucho tiempo lo que importa, sino que sea bueno, ó que lo hagamos bueno con nuestra conducta. La vida es un tiempo: por tanto lo que importa no es que sea larga, sino que sea buena, es decir que vivamos bien.



## LA MUERTE

Murió el Rey. En toda la nación le hicieron funerales. Los mas suntuosos fueron los de la Corte. El templo, vestido de luto. El túmulo estaba bajo la rotonda, y

llegaba cerca de los arcos torales. Lo ornaban multitud de símbolos. Ardian mil cirios, dos filas de flameros y muchas lámparas. El ejército con lazos de crespón; la guardia, de oficiales; la corte de luto. Pronunció la oración fúnebre el mejor orador sagrado del reino, obispo famoso por su sabiduría.

Cuando la Iglesia por ministerio del clero cantaba lúgubrementemente el *miserere*, el rey muerto quiso levantarse y hablar á su pueblo. No pudo. Los muertos ni se levantan ni hablan. Cuando bajo las bóvedas del templo retumbó el *de profundis*, también el rey quiso hablar, pero ahora como antes le fué imposible. La muerte había sellado sus labios para siempre. Continuó la Iglesia dirigiendo á Dios sus preces por los muertos con notas quejumbrosas y dolientes. Llegó al *Dies-illa*, y también el rey se empeñó en hablar. El que había hecho temblar á una nación con su voz, no tenía ya poder para pronunciar ni una sola palabra. El clero y los cantores entonaron el *In-paradiso*, y aquí fué donde el rey hizo el más grande esfuerzo para poder hablar, Todo en vano: no quiere Dios que hablen los reyes muertos.

¿Pero qué es lo que el rey tanto empeño tenía en decir? Seguramente era esto: «Ya no soy rey. Pórdioseros de la tierra hay en esta vida eterna que son mucho más que yo. Ahora quisiera haber sido lo que ellos fueron, con tal de ser al presente lo que ellos son. Fui príncipe treinta años; fui rey otros treinta. ¿Y eso de qué me sirve aquí? Tengo delante la eternidad; he entrado á vivir en ella. Ahora me parece el tiempo una luz que se apaga; los siglos, como segundos; las dinastias como relámpagos que brillan y se extinguen. ¿Qué me parecerán pues mis treinta años de príncipe, y mis treinta años de rey? Menos que un relámpago, menos que un segundo. Yo creía que el ser rey era lo más grande y excelso á que podia llegar el hombre: pero ya veo que lo más grande y excelso es llegar al grado supremo de la felicidad y la gloria al lado de Dios, como han llegado muchos pobres que fueron en la tierra los más humildes. Aquí no le preguntan á uno si fué rey ó vasallo, si rico ó pobre, sabio ó ignorante. Lo único que preguntan es cuáles han sido nuestras obras, y según ellas así la suerte y el rango que á cada uno le dan. Todo ha sido un sueño, un delirio. La realidad empieza en

esta vida sin fin. ¡Oh! ¡Para qué habré sido rey!»



## LOS GOCESES

El Maestro.—¿Sabes tú hacer que el plato de lentejas te deleite tanto como el faisán ó la perdiz?

El Discípulo.—Sí. Después del trabajo y teniendo salud y apetito, el plato de lentejas es ciertamente como el manjar más exquisito. Sabe mucho mejor que el faisán que comen los ricos, los cuales no trabajan, y por falta de salud y de apetito suelen tener embotado el paladar.

Maestro.—¿Y cómo tendrás salud?

Discípulo.—Siendo bueno; cumpliendo los preceptos de la higiene y los deberes de la moral.

M.—¿Cuál es para ti la mejor bebida?

D.—El agua cuando tengo sed.

M.—¿Y el mejor descanso?

D.—El de la conciencia.

—¿Y el mejor dinero?

—El que se gana bien.

—¿Por qué?

—Porque el dinero no vale nada, si no se le gasta bien; y á gastarlo bien no se aprende más que ganándolo con el trabajo.

—¿Qué otros goces hay en la vida?

—Muchos, pero los principales son la independencia y el amor.

—Yo creia que era bueno depender de alguien.

—Es bueno depender de Dios y de las leyes; pero es muy malo depender de los tiranos y de los perversos, de todos los que obran el mal; porque estos nos arrastran á tomar parte en sus malas obras, y aquellos nos tratan como á bestias.

—¿Y qué hacer para no depender de ellos?

—No necesitarlos.

Y no los necesitaremos, si somos fuertes de cuerpo por medio de la higiene y de las buenas costumbres; si somos fuertes de ánimo por medio de la fé y de las virtudes; si somos parcios, laboriosos, honrados y formales.

—¿Cómo gozarás del amor?

—Amando á quien debo amar: á Dios, á mis padres, á mis maestros y á mis amigos.

—¿Qué amigos tomarás?

—Los que sean buenos y leales.

—Y si te apasionas ciegamente de uno antes de conocerlo á fondo, y luego es malo, y la pasión ya no te deja ver que es malo?

—Procuraré no apasionarme en el primer momento. No haré caso de que sea gracioso ni simpático ni guapo. Primero examinaré su alma y experimentaré sus sentimientos, y cuando esté satisfecho de esto, repararé en su gracia y sus cualidades puramente decorativas.

—Jóven eres, pero ya posees la sabiduría. Puedes ir á los viejos y enseñarles á vivir.

—>  **FIN**  <—